

EL VIENTO DE LAS PALABRAS

RELATOS DE ESTUDIANTES DE LA
TECNICATURA EN COMUNICACIÓN
POPULAR (EXTENSIÓN ZAPALA)



FACULTAD DE PERIODISMO
Y COMUNICACIÓN SOCIAL
UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA PLATA

AGRUPACIÓN
RODOLFO WALSH
CENTRO DE ESTUDIANTES

Ediciones **EPC**
de Periodismo y Comunicación

+MUNIZAPALA
¡vamos alto!

EL VIENTO DE LAS PALABRAS

Decana:

Andrea Varela

Vicedecano:

Pablo Bilyk

Jefe de Gabinete:

Martín González Frígoli

Secretaria de Asuntos Académicos:

Ayelen Sidun

Secretaria de Investigaciones Científicas:

Daiana Bruzzzone

Secretaría de Posgrado :

Lía Gómez

Secretario de Extensión:

Agustín Martinuzzi

Secretario de Derechos Humanos:

Jorge Jaunarena

Secretario Administrativo:

Federico Varela

Secretaría de Finanzas:

Marisol Cammertoni

Secretaria de Género:

Flavia Delmas

Prólogo: La historia de un entusiasmo

Sylvia Zapico

Esta es la historia de un entusiasmo, un entusiasmo compartido. Compartido con un hermoso grupo de estudiantes, con su comunidad. Con estudiantes de la Tecnicatura en Comunicación Popular, que ante una propuesta o una consigna sintieron la necesidad de expresarse y también de recuperar historias, propias o ajenas, pero que nos abrieran los sentidos. Y a partir de allí generar un encuentro de tradiciones, de generaciones, de visiones, de saberes, de culturas.

Y a ese entusiasmo, se sumaron otros, el de la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de Universidad Nacional de La Plata, el de los compañeros y las compañeras docentes, el de la Municipalidad de Zapala.

Y entonces llegó el libro. Un libro que no es un archivo que cierra o finaliza un recorrido sino que esperamos sirva para generar nuevos relatos, que retome las experiencias contadas para transformarlas en comunicación del presente y hacia el futuro. Que nos permita, como afirmó Rodolfo Walsh, no tener que comenzar nuestra historia siempre de nuevo, sino formar lazos con aquellas que nos precedieron.

Este libro es un punto de partida, no de llegada.

Y a la vez, es un desafío que nos permite repensar los límites entre literatura y la vida, los personajes y los y las protagonistas, entre narradores y voces que cuentan. Entre pasado y presente, imaginando otros futuros.

Pero antes que eso se concretara, tuvimos que pensar también algunos otros elementos que se presentaron como imprescindibles para avanzar en la producción y tener en cuenta que siempre surgen nuevas preguntas, como por ejemplo, sobre qué y quiénes queremos escribir.

Entonces, tuvimos que trabajar nuestros mecanismos de escucha como forma de bucear en los recuerdos y a partir de ahí, en la construcción de testimonios. Y trabajar con la memoria, una memoria afectiva, emotiva; desde la reflexión individual para transformarla en memoria colectiva.

De estos contenidos, entonces, surgió el entusiasmo de sumergirnos en la creación de relatos y pudimos conocer muchos aspectos que fueron y son parte fundamental de la historia de la región.

También preocupándonos por cómo contarlos, eligiendo los géneros, reconstruyendo todo desde otras perspectivas. Incorporando elementos que nos permitan ampliar el marco de la escritura.

Y así se produjeron interesantísimos textos que hablan sobre infancias, territorios, esperanzas, frustraciones, construcciones.

Luego de todo ello, quedaba por definir el momento del encuentro de la comunidad con sus propias historias.

Y acá estamos en eso, narrando, comunicando. Con un libro colectivo virtual pero concreto, tangible, presente. Para que en el país del viento como lo definió Roberto Arlt hace mucho tiempo, las palabras permanezcan pero también se propaguen.

¡Que este entusiasmo, entonces, sea un punto de partida, no de llegada!

“Bajada del Agrio”

Deolinda Castillo

En el año 1988 con 13 años de edad emigramos como familia al pueblo que lleva el nombre del río que lo rodea “Bajada del Agrio”, río que nace de la cascada del agrio, desde Caviahue-Copahue, abrazando a cada pueblo de nuestra cuenca Neuquina, entre montañas y llanos, sus aguas cristalinas y frescas, producto del deshielo de la nieve, nieve que se conserva en las altas cordillera y fluyentes de las vertientes y arroyitos que se unen para formar “El río Agrio”.

Bajada del Agrio Pueblo de agricultores, donde un día nos invitó a ser parte de esa gran expectativa de trabajo, “La gran fábrica de tomates”, fábrica que nacería para dar comienzo con la esperanza de muchas fuentes de trabajo; incluyendo a mi familia, siendo parte del comienzo de ese proyecto.

En esta tierra tan fértil, (donde los químicos para las plantas no se conocían), donde solo se reproducían la semilla que desde la misma planta se extraía y cada agricultor entendía, que esa semilla significaba el alimento de su familia cada año que se producía. Pero viendo que era tanto lo que la tierra producía, las huertas cada vez se extendían, y ya sobraba para las familias; gente nueva al pueblo llegaba y comenzaron a vender de lo que producían y es así, proyectos nuevos surgían. Entre esas familias surgió también la llegada de nuestros vecinos Mendocinos, familias que también migraron hacia este pueblito donde ellos, con los demás agricultores y apoyador por las autoridades locales, comenzaron a extender en más lugares sus sembradíos incluyendo el cultivo en mayor cantidad del Tomate, quien más tarde serviría para el proyecto de la fábrica y sus FERIAS locales.

Este proyecto de feriantes y fabricación de tomate en botella se extendió a los pueblos vecinos, los cuales ansiosos esperaban esas verduras frescas, naturales y salsas envasadas que en cada plaza de los pueblos se vendían; y así, se dio comienzo a “las Ferias” por un grupo de chacareros y mi familia. En estas ferias, las mujeres también trabajan realizaban sus conservas y tejidos, dándole su debido proceso, sobre todo a esa lana, que de sus animales extraían; “la rueca y el telar” herramienta indispensables para tal trabajo, ellas con su propia sabiduría construían y sus artesanías vendían, el trabajaban en relación de dependencia no era tan conocido.

Fue en este lugar donde “las verduras”, y la escasez de dinero hicieron que mamá comenzara a explotar sus conocimientos de cocinera, fueron las pastas que luego yo vendería... En un pueblo de cultura campesina donde sólo la gente cocinaba carnes y verduras, carnes de animal caprino, animal al cual las familias consumían por su mayor producción, por su tamaño y de fácil conservación, dado que heladeras, no todas las familias tenían, carnicerías no había, entre vecinos se vendían, la carne vacuna poco se consumía.

Mamá, una gran cocinera decidió vender pastas caseras (trabajo que antes de migrar también hacíamos): raviolos, canelones y fideos amasado que para el pueblo era desconocido, solo se consumía todo envasado : fideos, polenta y legumbres (en bolsas de 10kg) que con dificultad se conseguían en el negocio de “ Ramos Generales”, el único que había; muchos se rehusaban a consumir algo que no conocían; en principio costó comenzar con la venta de comidas...Pero al final fue así como nos hicimos conocidas, para nosotros fue una gran ayuda económica y para el pueblo animarse a probar lo desconocido.

Allí termine mis estudios primarios, pero era pueblo donde no se aspiraba a la formación académica, dado que no teníamos escuelas secundarias para seguir, mis padres intentaron que aprendiera “dactilografía”, tenía que viajar a Zapala pero por la

situación de la familia no podía. El que pudiera movilizarse a los pueblos vecinos, Zapala o Las Lajas por un oficio (lo hacía); o continuaba con la cultura del lugar, ser agricultor o criancero. Ese criancero que con sus animales, sostenía y alimentaba a su familia, el agricultor que sembraba y cosechaba sus verduras para manutención de su familia.

Bajada del Agrio...tierra donde las verduras eran gigantes, donde la gente festejaba lo que la tierra producía y Orgullosamente exponía y compartía. Aquí se premiaba al agricultor que Lograba el FRUTO más grande ¡de su Cosecha!!, cosecha que llegaba después de un gran esfuerzo de preparar esa tierra, que solo se lograba por esos años con la ayuda de un caballo, que arrastraba un arado y una rastra de clavos, manejada por un hombre o mujer que caminaba de atrás, guiando de esas riendas del caballo.

A muy temprana edad los jóvenes formaban su familia. Las mujeres atendían las tareas de la casa, los niños, las tareas de la huerta, etc. También preparaba sus conservas que en el año la familia necesitaría, al no contar con heladeras la carne se salaba y se secaba para su conserva (el charqui), como lo llaman, y la carne del asado y el puchero, se conservaba en un cajón de madera envuelto de tela metálica y se colgaba entre los arboles donde el sol no alumbrara o en ese ranchito de adobe donde la luz del día y el calor no pasaban, maneras que cada familia se daba para conservar sus alimentos, dado que pocos luz eléctrica tenían.

En el año 1989 el pueblo festejó por primera vez la “Fiesta del agricultor”, fiesta decretada oficialmente por la Provincia del Neuquén. Todos los agricultores del pueblo y zonas aledañas traían a exponer el fruto de su trabajo, esa semilla que con tanto esfuerzo y amor cultivaban y esa tierra virgen les regalaba, ¡era una alegría! Ver que su trabajo era reconocido en una “Fiesta”. Fiesta que para nosotros como adolescentes-jóvenes también compartíamos...

En ese tiempo muchas de las chicas incluida yo, desfilábamos en esos días, montadas a caballos vestidas de gaucho o paisanas, porque la “ocasión lo requería”, acompañábamos a ese criancero y agricultor que con mucho orgullo pasaba por la “única calle principal del pueblo” representando nada más, ni nada menos, que a esa compañera “la esposa del campesino y chacarera”.

A esa Mujer... de rostro, manos curtidas y partidas... por el trajín dela tarea, donde solo la grasa del animal y la propia sabiduría servía para que ese rostro y manos no sangraran, estas son también las madres eh Hijas que por esa familias hilaban y tejían... esas pilchas, esos fajas y chalecos la cual lucirían. Como también luciría, ese gran amigo y compañero del campesino y agricultor, “el caballo o mular” las artesanías que el hombre realizarían con el cuero del animal: sus sogas, lazos, cabrestos, bozales, pellones, boleadoras para su cacería, etc).

Fue allí donde tuve el honor de ser elegida, “la Primera Flor del Pago de los Agricultores”

¡Todos nos conocíamos! Y el saludo existía como un hábito de respeto. En este lugar fue donde formé mi hermosa familia con mi esposo, un nativo del lugar de padres y abuelos mapuches, con la bendición de tres hijos.

Brillando, allá en lo alto

Andrea Soto

Hasta hace unos años, vivía un abuelo llamado Juan en un paraje cercano a Valle espejo, llamado Cerro Pilcara. El tenía una nieta llamada Ana quien en su infancia había pasado gran parte del tiempo a su lado.

Recuerda como su abuelo, contaba una y otra vez historias de cuando era joven, sobre todo, la más importante era la clásica de cuando había sido marino, dado que el servicio militar lo habían asignado a la Marina. Según él contaba se había recorrido todo el mar Argentino de punta a punta... Decía que si bien tuvo la posibilidad de seguir la carrera, cosa que lo apasionaba, por esos tiempos había conocido el amor, por el cual prefirió apostar y se quedó al lado de ella.

Luego de un tiempo vinieron sus hijos y su vida alegre en el campo; si bien tuvieron sus días tristes y otros alegres, la vida lo llevó a construir un hogar con muchos hijos y también nietos.

Luego de un tiempo cuando sus hijos se mudaron a la ciudad fueron quedando solos de a poco y esperaban los fines de semana la llegada de sus hijos y sus nietos que revolucionaban el lugar. Entre gritos, y risas corrían de un lado a otro haciendo travesuras.

Ana recuerda cómo eran los días junto a su abuelo, donde cantaban y caminaban entre las jarillas, camino al cerro Pilcara, que estaba a un par de metros de la casa. Las charlas de cuentos misteriosos eran el condimento fundamental: relataba lo que sucedía, por ejemplo, con las luces sobre el cerro, cosa que cuando el sol se empezaba a ocultar, Ana y sus primos corrían a casa sin parar para evitar que por alguna razón salieran esas luces en el cerro.

Alegres y divertidas eran esas tardes donde bajo de una ramada don Juan cantaba y hacía que sus nietos actuaran e interpretaran canciones y bailes. Él aplaudía y con una sonrisa tierna los alentaba y pedía otra, otra, otra haciendo que esos momentos fueran inolvidables.

Un día, recuerda Ana vagamente entre sus memorias, su abuelo le pidió agua fresca y ella, con tan solo cinco o seis años, muy obediente ante el pedido le trajo agua fresquita en un jarrito. Don Juan luego que la tomó le volvió a pedir más y grande fue su asombro y su risa al ver que el agua que su nieta le había dado de tomar era proveniente del canal de riego, el cual cruzaba por la orilla de la ramada y desembocaba en un tanque con su posterior caída a las huertas.

Según don Juan nunca había tomado tan rica agua, aunque él sabía que era de la laguna y no del pozo de la vertiente y agradecía el gesto de su nieta y solo atino a reírse y festejar dicha ocurrencia.

Ana creció con el amor de sus abuelos, que le inculcaron sus costumbres y creencias, disfrutando las fiestas donde la familia se reunía y la casa desbordaba de gente, donde amigos de la familia y vecinos eran bien recibidos. Eran esas fiestas donde los asados, y las empanadas se hacían presente, y la música de acordeón y guitarra le ponían el color, donde no faltaba quien entre una cosa y otra le daba ganas de dar una vueltita de baile entre aplausos y festejos disfrutando el estar reunidos.

Todo esto se hacía año tras año como un ritual familiar, pero llegó un día en que don Juan y doña Rosa se enfermaron y aunque por varios años igual se mantuvo la reunión familiar, esos niños que corrían entre las jarillas y sauces ya eran jóvenes y adultos. Poco a poco empezaron a ver como sus sonrisas se comenzaron a apagar y llegó lo que inevitablemente tenía que pasar, como ley de la vida, les toco partir a ese viaje sin

regreso, donde la partida deja vacíos inexplicable, que duelen y cavan heridas en el corazón.

La familia de Ana se sumergió en un silencio profundo: ya no había fiesta, ni risas el campo sonaba a un eterno silencio, luego de la partida la familia se reunió pero nada fue igual. Ese vacío fue tan grande que hasta en el aire se percibía. El recorrer el campo, la casa, sólo hacía sentir la gran ausencia imposible de superar.

Fue allí donde Ana se dio cuenta que la esencia de lo que buscaba y trataba de encontrar estaba dentro de ella, que lo vivido junto a sus abuelos permanecería vivo en esos recuerdos, en su memoria y que a partir de ese momento esas dos personas que habían sido tan importantes en su vida se trasformaban en esas estrellas que brillarían muy lejos en lo alto en esas noches oscuras, que ya no volvería a tocarlas, pero si podría tener la seguridad que estarían con ella siempre *brillando allá en lo alto*.

Costoso fue sentir mi pertenencia... mientras vivía

Maira Lucrecia Muller

Calles de tierra, barrosas cuando llovía.

La nieve empapaba mis pies, no me resultaba atractiva.

El humo de las estufas se impregnaba en mi ropa al alejarme de la plaza central.

La inseguridad, el miedo nocturno. Los perros arrinconándome en la calle antes de llegar a casa.

El río de los mates y las charlas interminables. Fumábamos a escondidas cuando se podía. Adrenalina pura.

Las salidas con permisos estrictos y el temor a los excesos. Los atajos boscosos me daban el changüí para que el castigo sea más leve.

Amigos y amigas de lo más diversos colores. El pueblo era un amigo.

Mi casa pegada a otra casa, alejadísima del centro de mi pueblo. Escuchábamos con un vaso las conversaciones del vecino.

El amor y el abandono, aparecieron y desaparecieron; en el bar, en la plaza, en la escuela, en los mensajes en papel.

Mi mundo correspondía a la juventud.

Después de cinco años de haber vivido en La Plata elegí vivir y regresar a Aluminé, lugar de confortabilidad. Era momento de pertenecer conscientemente.

Aluminé siempre fue parte de mí.

Crónica de un corte de ruta

Susana Igarza y Santiago Gómez

Hoy 27 de abril del año 2018 me encuentro parada en la ruta 22 de mi Zapala natal. Hoy como todos los años nos encontramos en lucha, o en la lucha, por un mejor sueldo y en defensa de la escuela pública.

Antes de venir hacia acá, comente en el grupo de wassap de mi escuela 135 de la localidad de Mariano Moreno, que estaba yendo a la ruta; comenzaron los mensajes, de distintas compañeras, pidiéndome que me cuide; contestaba que no era un corte de ruta sino una panfleteada.

Una vez instalados en la ruta, el viento soplaba calmo, el sol comenzaba de a poco a darnos calorcito. Comenzamos a repartir los panfletos, en ellos estaba la leyenda del descuido a las escuelas públicas, y el por qué de nuestra lucha; si bien sentía un poco de miedo y vergüenza, no fue tan malo; la gente los recibía y nos brindaba su apoyo. El patrullero de la policía se acercó, creo tomo datos y se quedó a un costado de la ruta. De pronto observo como Jorge recorre la ruta con pasos de prisa, de una punta a otra, más o menos nos separaba 1 km entre los dos puesto; tomaba fotos, se veía ansioso; siempre se mantenía activo.

Vuelvo a mirar mi celular para ver la hora, nuevos mensaje deseando fuerza, suerte, y otra vez el:

-Su, tené cuidado.

Ese mensaje y la ansiedad de Jorge me hizo recordar una anécdota que me contó él el año pasado, en un viaje hacia Neuquén, más o menos en ésta época, también en un plan de lucha.

Pasábamos por la localidad de Cutral Co, cuna petrolera, cuando recordó el suceso que quedaría marcado en cada docente de nuestra provincia, el que marcaría tal vez la crónica de una muerte anunciada, porque al año siguiente se produciría el asesinato de nuestro compañero Carlos Fuentealba en un corte de ruta.

Jorge Casela es uno de los dirigentes gremiales de los trabajadores de la educación de Neuquén, jubilado hace dos años. En estos momentos es el secretario de prensa de Aten Zapala.

Jorge es de la provincia de Buenos Aires, nació en Liniers, y se crio en El mirador, que es partido de la Matanza. Se juntó con una chica zapalina, con la cual tuvo tres hijos. Estuvieron cuatro años viviendo en Buenos Aires, en La Tablada. En el año 1.992, después de varias vacaciones de visitar a sus suegros, decidieron instalarse en Zapala, él ya era maestro, y empezó a trabajar ese mismo año, en una suplencia en mi escuela, 135 de Mariano Moreno; estaba Zabala como director y Edhith Tolmos como vicedirectora. Duró dos meses esa suplencia, luego comenzó a trabajar en la escuela 114 de Zapala.

En octubre del año 1.992, hubo un paro muy largo que duró cuarenta días. Era Sobich el gobernador. Ahí realizó los cuarenta días de paro, ése sería su primer contacto con el sindicato. Desde ahí militó siempre. Desde el año 1.992 hasta el año 2010, fue un militante de base. Desde el 2010 a la fecha es parte de la conducción de aten.

El incidente anteriormente nombrado, que ocurrió en la ciudad de Plaza Huincul, el 30 de Marzo 2.006 fue llamado “los cascos amarillos”.

Luego de un largo paro docente, decidieron, a pesar de la sugerencia de los dirigentes gremiales de base, cortar la ruta 22 de acceso a Zapala. En ese momento eran aproximadamente entre ocho o catorce personas en el corte, que era intermitente: cada cuarenta minutos, se abría el paso para que circulen los vehículos. Estaban de las ocho

de la mañana hasta las ocho de la tarde, lo sostenían solo los militantes. El corte sirvió para activar la lucha, al principio eran quince, después llegaron a ser doscientas personas más o menos. En todos esos días Jorge se convirtió en el cocinero, que junto a Claudia Barro (ella sí era parte de la conducción gremial, y era la que le suministraba los elementos para cocinar), armaban el menú para el día, choripanes, guisos.

Busco a Jorge entre la gente, y ahí estaba nuevamente; realizando el fuego, apurando por teléfono a la persona que fue a comprar los chorizos; tiene todo organizado, los horarios, los tiempos para cada actividad. Mira que todo esté listo para cocinar.

-¡Jorge!- lo llamo -Quiero que me vuelva a contar la historia de “los cascos amarillos”.

Jorge, si bien su título docente es de maestro de grado y bibliotecario, hizo toda su carrera de profesor de lengua; fue mi profe de lengua en el secundario.

-Si, Susana- siempre es muy atento cuando alguien le pregunta o pide algo. Se para como buen profesor para escuchar el pedido de una alumna; si bien todos en la ruta somos maestros de trayectoria, él siempre tiene la postura de un profesor. La mirada atenta y la impaciencia de ¿qué va a preguntar?

-¿Me contás de nuevo sobre “los cascos amarillos”?

-Espérame que lleguen con los chorizos y te cuento.

Una vez que todo estaba en orden, comenzó su relato:

“El 30 de marzo, después de quince días de corte, nos llaman por teléfono desde Plaza Huincul. Ahí no era corte sobre la ruta, sino que los compañeros estaban en la destilería a la entrada de Plaza Huincul. Los habían amenazados que los iban a desalojar, los iban a reprimir; necesitaban refuerzos. En ese momento quince de los compañeros varones que estaban - lo recuerdo bien que eran quince porque llenaron tres autos-, decidieron viajar a reforzar el corte de la destilería para resistir la represión. Yo tenía muchas ganas de ir, pero estaba cocinando un guiso de arroz con pollo.

Cuando terminé de hacer el guiso, eran tantas las ganas de querer ir, que ahí en el corte, el que estaba primero, ahí detenido, era un señor que iba en camioneta, le pregunté si no me podía llevar, a lo que respondió que sí. Nos pusimos a charlar, él era vendedor, y tenía más o menos mi misma edad, yo en ése momento tenía cuarenta y nueve años. Fuimos charlando; me contó que de joven había estado muy involucrado en protestas; hicimos todo el trayecto y cuando llegamos a la rotonda, que separa Cutral Co de Plaza Huincul, vi en la cuadra de abajo que iba entre ciento cincuenta y doscientas personas, todos hombres, jóvenes, con cascos amarillos, que iban hacia la destilería que estaba a un par de kilómetros de ahí. Yo cuando vi eso me asuste mucho, porque sabía que era la gente que iba a reprimir a los compañeros y compañeras que estaban en la destilería. El señor me llevó hasta la destilería, en un principio estuve dudando si me bajaba o no, pero cuando vi a los compañeros que estaban ahí, eso como que me dio coraje; uno ve a los compañeros y se siente fortalecido. Me bajé y me acerque a los ochenta, cien compañeros y les dije:

- Compañeros no se asusten pero acá a veinte cuadras viene un montón de gente a reprimirnos.

Uno contestó que ya sabían; y efectivamente a los quince minutos aparecieron esta gente joven, con cascos amarillos relucientes, que estaban disfrazados de trabajadores de la construcción, pero eran punteros del Movimiento Popular Neuquino; no eran cascos usados, eran casco que se notaban eran nuevos. Ahí empezó una lluvia de piedras, de cascotes del tamaño de un puño, y la mayoría que estaban ahí eran compañeras; nos desalojaron a piedrazos, volaron piedras, botellas, todo lo que te puedas imaginar. A una compañera que estaba al lado mi, le cayó en la cabeza una botella de cerveza, casi que se le partió en la cabeza; algunas compañeras se sentaron en el piso, en forma de resistencia, eran entre quince y veinte chicas a las que sacaron a

patadas, las agarraron de los brazos y les pegaban; algunos compañeros con más coraje que otros, se quedaron ahí y cruzaron una que otra trompada con los que venían. Yo iba retrocediendo lentamente, sin darle la espalda, para ir esquivando lo que nos arrojaban, no sentía miedo, sino mucha indignación, podía ir observando la agresión. Uno de los compañeros, Coli, se acercó enardecido hacia un camarógrafo de T.N. de Buenos Aires, para decirle que grabe todo lo que estaba pasando, a lo que el camarógrafo respondió golpeándolo en la panza con el trípode, creándole un hematoma importante que le duró varios días. Sobre la ruta, habían formado un cordón policial, que permaneció inmutable, mientras nos agredían a piedrazos. Recuerdo una de las maestras de Zapala, gritándoles a la policía para que pararan tan tremenda represión. Una vez que nos desplazaron, y los muchachos estos se pusieron en frente de la destilería, entonces ahí sí, la policía armó un cordón para que nosotros no tuviéramos acceso. Muchos compañeros habían estacionados sus autos, en una calle lateral de tierra que estaba al costado de la ruta, los que fueron destruidos a piedrazos. Nos pusimos del otro lado de la ruta, en donde está la estación de servicio, ahí comenzó a llegar gente, de todos lados de la provincia, en autos, combi, a respaldarnos, en un momento éramos como dos mil personas, yo sugerí recuperar la posición, sacándolos a piedrazos, pero la dirigencia decidió que no, que ya estaba, así que nos volvimos cada uno a su origen. Cuando llegamos a Zapala, nos estaban esperando en la Plaza San Martín, toda la comunidad educativa, recuerdo nos subieron a un camión para primero solidarizarse, y así poder relatar todo lo que había acontecido. Recuerdo que una maestra me comentó que estaba con su hija, pequeña escuchando, cuando la pequeña le comenta:

- Mamá, que bien que habla el borrachín.

Ahí, con ése comentario, me di cuenta de mi aspecto casi destruido; yo era muy delgado en ése tiempo, y tantos días de corte de ruta, me había como curtido la piel, entre el sol y el humo.

Estuvimos cuatro o cinco días más, sosteniendo el corte, hasta que tuvimos una oferta del Gobierno.

Después esto se fue a juicio, por la zona liberada por la policía; pero obviamente como acá la justicia de la provincia, es obsecuente con el poder político, Sobich, el gobernador de ése momento, y Pascuareli, el jefe de policía, quedaron libres de culpa y cargo, creo lo terminaron sobreseyendo porque la causa caduco, quedando así impunes. Entre la policía hubo arrepentidos, que declararon que habían dado la orden de liberar la zona.”

Nos llaman a comer. Degustamos unos ricos choripanes, que siempre saben muy ricos, cuando lo hacen a fuego, a campo abierto, con esta vista a la cordillera.

Nos alejamos y miro hacia atrás; ahí queda desolada la ruta; testigo de tantas luchas.

Hoy es la mía... mañana tal vez la de mis hijos.

Don Lito y el ñanco

Eduardo Torres

Cuando éramos niños con mis hermanos y mi mamá Lorenza, luego de almorzar nos quedábamos charlando, cada uno tenía cosas para contar, de la escuela, del trabajo de amigas/os y también nos proyectábamos al año 2000, que oficio o qué tipo de profesión íbamos a tener para esa fecha como algo inalcanzable. Lo disfrutábamos mucho, nos reíamos, era un espacio alegre, era lindo ver a mi madre reírse, ella siempre nos contaba de la vida en el campo, nos contaba cosas del ñanco. Ella nos decía que cuando llegaba de viaje las mujeres mayores te preguntaban si habías visto a un ñanco en el camino, cómo estaba el ave, si de pecho o de cola; si estaba de pecho te anunciaba un buen viaje y si te cruzaba con el vuelo el ave o estaba de cola era mejor volverse porque ibas a tener mala suerte. Conocido en la región como pájaro de mal agüero, de color plumizo, suele pararse en poste de alambrados, en las pircas, en los corrales. Los vecinos detestan a este pajarraco, porque su presencia anuncia una próxima visita de la muerte que saldrá de la casa llevándose, por lo menos, a uno de sus atemorizados ocupantes. Entre los antiguos araucanos y mapuches, era un emblema muy destacado y preferido por muchos de ellos y así, más de un cacique llevó con orgullo el nombre de esta ave, sintiéndose al mismo tiempo, descendiente de ella y por tanto dotado de sus características de firmeza, astucia y altivez.

En ese momento despertaba la atención de todos el relato de mamá y entre las cosas que nos contaba varias veces aparecía el nombre de Lito Gutiérrez, un vecino del campo que se habían conocido en la escuela rural de Los Alazanes, lugar que concentraba a todos los niños de la zona donde estaban gran parte del día, con comedor incluido, una

actividad que no lo veían bien los padres, porque ellos los necesitaban a los chicos en la crianza de animales caprinos, ovejas, vacas y caballos que según ellos era una pérdida de tiempo la escuela. Un día conocí a don Lito, un hombre alto, de ojos claros, vestido de gaucho, con bombachas campesinas bien anchas y veía que todo el mundo lo saludaba y a otros iban a él y los saludaba muy gentil y amable ahí fue donde comprendí que conocía a todos los paisanos del lugar porque él los iba a visitar a la mayoría en el área rural, esto es todo un gesto por la distancia entre uno y otro vecino y la soledad es importante, siempre tenía algo que contar don Lito que vivía a orillas de la laguna La Solitaria, ese lugar tenía siempre cosas para contar, algunas veces era un paso obligado viajando a caballo para llegar más rápido al paraje La Ramadilla. En la medida que íbamos pasando aparecían los comentarios de la profundidad de las aguas, de animales y personas que se habían ahogado y no se las había vuelto a ver. Que se había visto algo extraño en sus aguas que aparecía y desaparecía.

Alguna vez paso por mi cabeza que don Lito y el ñanco tenían almas gemelas o algo parecido que no era casual su estadía en este mundo, tenían un deber con la cosa pública en lo rural donde la soledad se sufre en forma intensa, con los integrantes de la misma familia que ya no vuelven, son absorbidos por la urbanidad y también considerando las enormes distancias, con arenales, mucha piedra, a veces muy pero muy seco, de día a veces caluroso y de noche muy frío. “Más de una década de sequía en la zona”, contaba don Lito y decía que el último terremoto había sido crucial para las vertientes en lugares donde hubo siempre agua y no se había secado nunca. “Ahora no hay una gota de agua ni para los animales; hay gente para el lado sur que ya tiene problemas de salud. Ellos toman agua de los jagüeles donde beben los animales, se les descalcifican los huesos y las encías; uno se da cuenta enseguida porque tienen los dientes marrones...”, relataba don Lito, quien traía la noticia y la compartía con los vecinos que escuchaban atentos.

Otra situación que trajo muchos problemas en el campo fue la erupción del Cordón del Caulle a la altura de Bariloche del lado chileno. El viento trajo a la región una nube volcánica de material piroclástico, gases calientes y materiales sólidos abrasivos que se trasladan al ras del suelo. “La erupción del volcán chileno Calbuco, dejó el mucha cantidad de animales muertos”, decía don Lito, “la gente no sabía qué hacer para con este problema nuevo, los pastizales de la zona estaban tapados con un polvo gris que estaba en todos lados había que analizar el agua para saber si no estaba contaminada, los pobres animales morían de hambre, con el paladar destrozado porque la ceniza les rompía la boca. Impotentes por la situación, la gente salió a tirar los animales a la orilla de la ruta para que el gobierno les ayude con pasto y forraje, daba pena ver la cantidad de animales muertos, a pesar de que llegó la ayuda un poco tarde se perdieron muchos vientres que no se recuperan nunca más hay que empezar con lo que quedo. Hay que vivir en el campo, ...el campo no es para cualquiera amigo, se sufre mucho y nadie te ayuda en esas condiciones decía...los animales, pobres bichos, se comían hasta las raíces de los montes.”

Otro desafío para los campesinos de la zona, es El Atravesado o Primeros pinos, un frente de cordillera que tiene sus caprichos climatológicos, que hay que conocer cuando se desata el temporal, hay que estar preparados casi siempre te sorprende solo, cuando hacen el viaje con todos los animales con la tropa completa en el viaje de trashumancia, este lugar es todo un desafío, a casi todos los crianceros los ha sorprendido una nevada o el viento blanco a la ida o la vuelta. Hubo gente que lo perdió todo, salvaron la vida de casualidad, contaba don Lito, la nieve lo tapa todo, el pasto, los caminos y los animales con pelo o lana se le apelonan la nieve en la fibra y se mueren de frío.

Por eso digo que don Lito y el ñanco tenían una misión de advertir, de avisar a la gente de los riesgos naturales y creencias ancestrales que condicionan la vida por estos pagos, ambos cumplían roles semejantes cada uno a su manera, claro, viajaban distancias enormes llevando un mensaje, de buenos augurios y otros no, pero conocían a toda la paisanada de la región porque en algún momento los habían visitado a todos. Creo que hasta había un acuerdo entre ellos y se repartían las visitas.

El amor en tiempos de conquistas

Patricia Catriel

Protagonista (mi abuelo): Segundo Catriel

Rodolfo Catriel es mi papá (falleció).

Allá por el año 1932, en pleno crecimiento demográfico donde se empezaban a poblar estos pueblos, se registra Don Segundo, un hombre de carácter fuerte, respetuoso con muchos valores, y con una gran trayectoria de vida, y por sobre todas las cosas su orgullo de ser mapuche: “de pura cepa” como suele decir. Este hombre se crió cerca de Zapala en un lugar llamado Covunco Abajo; lo crió su abuela porque su mamá falleció cuando nació su hermana menor. Él apenas tenía 8 años y quedo huérfano junto a su hermano que le sigue, y su hermana. Su abuela no hablaba el español sólo el mapugdumun, entonces él tenía como lengua materna la antes mencionada, pero no tenía drama para hablar el español.

Trabajó de chico ayudando a su papá en todas las tareas que realizaba: sembraban trigo, cosechaban y venían en carro hasta Zapala a vender sus bolsas, esto le daba la subsistencia económica, “eran muy humildes”.

Zapala era una zona muy desfavorable en cuanto al clima, pero se empezó a poblar de a poco más con la llegada del ferrocarril; eso marcó un antes y un después en esta pampa despoblada:

“Uhh, ¡qué novedad fue cuando llegó el tren! Mi padre me registró en esa época porque me tocaba el servicio militar, entonces nos registramos los tres, mi papá, mi hermano y yo; tuvimos que viajar a Neuquén en el tren, y después solo a mí me tocó el servicio militar obligatorio”.

Lo registraron cuando ya tenía 18 años. El ejército le ayudó en muchas cosas, aprendió hacer muchos trabajos, y también la experiencia de sufrir, aunque la ve como algo positivo. Eso le dejó un gran conocimiento.

Este hombre vio crecer a Zapala, esas historias que nos cuentan los libros acerca de cómo se fundó esta ciudad, lo puedo escuchar de boca de alguien que fue protagonista de ese proceso histórico. Recuerda muy bien la época de cuando se formaron los primeros partidos políticos, recuerda muy bien la época de los radicales.

“Cuando mataron a Etcheluz, un líder político, que lo persiguieron y lo fusilaron en pleno centro de lo que hoy es Zapala, por eso lleva su nombre la conocida calle, donde está el Banco Nación”.

Con los grupos políticos se tornaba un clima de mucho temor en la ciudadanía, la gente casi no decía lo que sentía sino más bien hacia oído sordo y sobrevivía:

“Esas eran épocas de sobrevivir como sea, tratabas de escaparte por los rincones pasando desapercibido, solo se vivía el día a día”.

Ha sido testigo de acontecimientos políticos y sociales, como lo mencionamos anteriormente la llegada del ferrocarril, y luego hubo un gran crecimiento económico que ayudó a la rápida población del lugar; los que venían eran de zonas aledañas pero en su gran mayoría de otras provincias. Otros acontecimientos que recuerda es el advenimiento del peronismo, la consumación de la presidencia de Juan Domingo Perón y la dictadura militar:

“Los militares eran bravos, con esos no se jugaba, pasaban y se servían los animales de los crianceros como si fuesen de ellos, y no le digas nada, porque te daban una buena paliza”

Su mejor recuerdo fue cuando se enamoró, allá por el año 1957. El se había ido más lejos de Zapala, a un paraje cerca de las Lajas. En ese campo vivía junto a su papá y a su hermano, cuando al tiempo llegó un matrimonio que pusieron un negocio; ellos venían de lejos, eran “turcos”. Fue así que al concurrir a ese lugar conoció a la hija de estos comerciantes, se enamoró y empezaron a verse a escondidas. Tuvieron mucho tiempo noviendo, desde luego decidieron irse a vivir juntos; para la gente del lugar era toda una novedad, “decían Segundo se llevó a una mujer blanca”. La comunidad mapuche a la que pertenecían, era muy renegada en estos casos, no lo aceptaban, era un rival entre los blancos y los mapuches.

Pero bueno se decían muchas cosas por parte de la gente, cómo ella de una clase media, podía aceptar estar con una persona tan humilde, pero ellos se unieron en amor, empezaron a convivir.

“Ella era toda una señorita, rubia de ojos claros, su cintura pequeñita”.

Fue así que se unieron en matrimonio y tuvieron su primer hijo que lo llamaron Alejandro, luego su segundo hijo, que falleció cuando se le incendió su precaria casa, pronto llegó su tercer hijo Rodolfo, y más tarde vinieron 9 hijos más.

Don Segundo trabajaba cortando adobe para poder hacer su casa, el mismo hacía la mezcla y cortaba con su adobera los adobes. Eran épocas de mucho trabajo, tenían que ir en carro a las Lajas para poder hacer sus compras.

Pero cuando su última hija tenía aproximadamente 1 año, su esposa se fue de la casa para venir a vivir a Zapala, porque no quería seguir viviendo con él; ya el amor se

había terminado. Cuando don Segundo llegó de la veranada con los animales no encontró a su esposa, ni a sus hijas, sólo la casa vacía.

Un nuevo comenzar para él, en compañía de sus dos hijos (ya han pasado treinta y nueve largos años), donde hay tiempo de alegría y de tristeza, conoció la gobernación, se tomó fotos con el vice-gobernador y festejó sus 108 años, aunque en la torta le pusieron 107. Fue al programa de RTN (radio y televisión de Neuquén), allí estuvo hablando sobre su profesión de soguero (confección de sogas) y contó historias del pueblo de las Lajas. Estos son momentos de gratitud y por otro lado un momento de mucha tristeza porque este año 2018 en el mes de Marzo perdió a su hijo Rodolfo, que lo acompañó siempre.

EL TRUEQUE

Gabriel Borrini

La mejor hora sin lugar a duda era la siesta, había un acuerdo tácito que a las 3 de la tarde todo el mundo dormía. Ese murmullo que comenzaba ni bien el sol entregaba sus primeros rayos, a esa hora, se acallaba, era el momento justo, porque a la hora de la siesta se iniciaba un pequeño y profundo sueño, alguien lo describió como una muerte corta. Ya no se oían ni los teros ni los loros, y el incesante zumbido de los moscardones azules, habían cesado. Todos dormían, menos los pibes del barrio, que por supuesto, tenían que realizar sus aventuras en el más absoluto de los silencios, porque si por algún motivo se llegaba a interrumpir la “sagrada siesta”, se corría el riesgo de ser víctima del más penoso de los castigos: irse a dormir la siesta y no salir afuera bajo ningún punto de vista. Esto en invierno no era tan grave, pero en pleno verano, época de vacaciones, era el equivalente a estar encarcelado, era preferible algún que otro chancletazo, pero no quedarse encerrado toda la tarde, imaginando y sufriendo lo bien que la estaban pasando los chicos afuera.

El patio de doña Matilde, conocida entre los más íntimos como “La Lela”, tenía un hermoso jardín digno de envidia de todos los vecinos del barrio; rosales, margaritas, claveles, cactus, árboles frutales, entre los que se podía observar a tres gigantes manzanos, un membrillero a la entrada como dando la bienvenida, y por supuesto, un gran parral que daba sombra todo el día, en la que abajo había una vieja mesa de caña, testigo de horas largas de mates y conversación, y sobre una esquina, una gran piedra de afilar, y más abajito, una piedra para moler maíz o trigo . No faltaban los yuyos

medicinales como el matico y la menta, y como en toda casa de antes, una gran huerta que era el ahorro de todo el año en la compra de tomates, papas, choclos y rabanitos.

Estaba todo decidido y calculado, el asalto al gallinero de doña Matilde era un hecho. El Quecho y el Rica fueron los encargados de planificarlo y de concretarlo, el Gaboto, como nieto de la dueña de casa, les facilitó el ingreso al corral de aves.

- Tenemos que entrar como de costumbre para que nadie sospeche- dijo Quecho
- Vos elegí la mejor gallina, y yo la saco- sugirió el Rica.
- Yo les abro la puerta en donde están todas las gallinas, y ustedes hacen el resto- ordenó a sus compañeros Gaboto

Entraron en forma sigilosa, las gallinas también parecían disfrutar del placer de dormir la siesta. Además, al medio día religiosamente, “La Lela” les daba de comer, y estas quedaban chochas de llenas y contentas.

Se podía hasta respirar la adrenalina, los corazones latían fuertemente como si se fuesen a salir por la garganta. Por un segundo, pensaron en desistir, hasta Gaboto tuvo un pequeño cargo de conciencia al pensar en la gran dedicación de La Lela para con sus “gallinitas”.

- La bataraza es la mejor, saquemos esa – dijo Quecho
- Si si, vos déjame a mi ¿trajiste la bolsa? – pregunto el Rica
- Si, acá la tengo” – le respondió Quecho
- Hay un problema, las gallinas van a empezar a cacarear cuando se despierten, jarman un lio! – dijo en voz baja Gaboto
- No te preocupes... yo sé cómo hacer” – dijo muy seguro el Rica
- ¿Y cómo? – preguntó Gaboto

Fue entonces que una vez elegida la gallina para llevarse, el Rica se agachó, tomó un puñado de tierra, y la dejó caer muy suavemente sobre la cabeza de la bataraza,

¡increíble! La gallina seguía durmiendo como si nada, y en vez de tomarla por el cuello, la tomó con las dos manos, y la metió adentro de la bolsa.

Parte del operativo se había cumplido, sólo faltaba salir de allí, cruzar el patio hasta la calle y ya estaba, ahora sí, a correr hasta la casa del Rica que vivía a dos cuadras, justo en una esquina, a media cuadra de la “Placita”.

Entre risas y nervios sacaron la gallina y la dejaron adentro de un pequeño corral de aves que había sido construido a tal efecto. Le tiraron un poco de maíz, pero no quiso comer, tal vez por el susto que se llevó la pobre bataraza, o porque su dueña no hacía mucho, les había dado de comer.

-Bueno, salió todo bien, ya está, menos mal que las gallinas no armaron lio- dijo Gaboto entusiasmado

- Ahora te traigo el karting - le dijo el Rica.

El Rica ingresó a su casa, y luego de unos minutos, apareció con un gran Karting, esos hechos con madera y rulemanes. Le había puesto un asiento, con las partes de una silla vieja, y sobre los dos laterales delanteros, les clavó un cinto de cuero que hacía de volante.

- Para que ande más rápido, les sacás los rulemanes y los metés adentro de un tarro con nafta y los dejás toda la noche - sugirió el Rica.

- Listo, ¡está buenísimo! - contestó Gaboto.

- Pasamos por mi casa y se lo mostramos a mi vieja- dijo Quecho muy contento

- Dale, vamos - aceptaron

Una gallina a cambio de un karting era un cambio justo. El Gaboto y El Quecho llevaron esta “Formula 1” hasta la bajada del Doctor. Era una calle con una gran pendiente asfaltada ideal para echarlo a correr, pero tenían que esperar que pasara la hora de la siesta.

Mientras tanto, fueron hasta el kiosquito de la esquina, y allí se compraron una agüita dulce. Estaban por ser las cuatro de la tarde, y ya empezaban los primeros movimientos en el barrio. Se hacía larga la espera, los embargaba la emoción, querían ver como andaba esa “máquina”, piloto y copiloto, un rato cada uno, y así toda la tarde hasta bien entrada la noche.

Lo que más les encanto, fue cuando estaba todo oscuro, podía verse como los rulemanes del karting echaban chispas, además de la velocidad con la que bajaban por la calle, y ese tremendo ruido que enojaba a más de un vecino, pero la alegría contagiaba y superaba a todo el barrio al paso de “La Fórmula 1”.

El Rica, muy feliz con su bataraza que, a los tres días, comenzó a poner sus huevos. Este chico de once años sintió que colaboraba por primera vez con su hermana mayor, quien oficiaba de madre, ya que, desde muy pequeños, habían quedado huérfanos, según contaba el propio Rica: “Porque nosotros matábamos gorriones”

Los pibes del barrio nunca tomaron dimensión del significado de no tener padres, solo era un chico más que jugaba todas las tardes en la placita o en la canchita. Pero ese trueque, una gallina por un karting a rulemanes, fue uno de los gestos más solidarios de aquella niñez tan sana y pura. El Rica sabía que necesitaba tener una gallina, porque de alguna forma les garantizaba el sustento, y ofrecía a cambio, su karting hecho con sus propias manos, para que un par de chicos, se divirtieran como siempre, como era natural en los chicos, como debería haber sido igual con él, solo que la vida, ya le había asestado su primer golpe a una edad muy temprana, quitándole el amor y la atención que debería haber recibido de su mama y de su papa.

Esos gestos de la inocencia eran el común denominador de todos los chicos del barrio en aquella época, nunca se dijo: “Nos robamos una gallina de Doña Matilde”, nunca se

dijo nada y nunca se preguntó nada, solo quedo el sentimiento de la misión cumplida, de haber hecho el bien, de haber ayudado. Fue un trueque, diversión por satisfacción.

-¿Vamos a la placita? – preguntó el Rica.

- Dale, vamos – dijo Quecho.

- Llevo la pelota y hacemos un picadito – les dijo Gaboto

Y se fueron, contentos, amigos, por ese camino de tierra marcado por miles de zapatillas, a jugar, a soñar, a verse con la vida cara a cara...

Entre jarillas y otras yerbas

Jorge Pichún

Santo Domingo, es un paraje rural que está a 23 kilómetros de Zapala, donde la visión humana llega a mucha distancia porque el monte de mayor altura que hay son los algarrobos rastreros, junquillos, coirones, neneo, jarillas y la inmensidad del espacio que habito y me contiene; la soledad que me acompaña, la ignorancia me hace libre y por eso pienso sin condiciones, sin influencia, sin pre conceptos, es el mundo que conozco, no hay más nada.

Un día cualquiera pastoreo las ovejas de la familia- era lo que hacía diariamente por la tarde-, camino la estepa, con la mirada puesta en las ovejas, porque yo era el que las pastoreaba, aunque con mis 6 años de vida me daba cuenta si estaban todas o si algunas se quedaban entre los montes. El sol caía, era una tarde de esas que invitan a la meditación o la observación tranquila, serena; solamente mi perro, mi caballo, el monte y las ovejas. Vi de pronto un objeto que se erguía sobre el horizonte como una torre inmensa, parecía que sobresalía de las montañas que tengo de fondo en el paisaje que yo veo todos los días.

Yo no sé de qué se trata, tengo curiosidad, pero no tengo a quién preguntarle. Llegó a casa don José, el padrino de Rafael, mi hermano mayor, con un aparato que habla. Yo no sé qué es esa cosa, pero escucho que es una radio y que ahora podía escuchar, voces argentinas, porque en Zapala se puso una antena para que la voz de la radio llegara a todos los parajes cercanos, entonces esta reemplaza a las voces chilenas que se oyen habitualmente por acá. Mi curiosidad me hace imaginar que yo hablo en ese aparato y todos me escuchan, mis tíos que viven cerca, una legua más o menos; don Carlos que está más lejos pero también está en el paraje.

Ando por esos cerros, llanuras y solo el ruido de los pastos y el tranco de mi caballo van conmigo, todo lo que veo es mío y es de nadie por eso soy feliz. Todo lo que quiero está allí, un galope serenos de mi zaino patas blanca y el viento que roza mi rostro echa a volar mi imaginación y me escucho en la radio, oigo mi voz que describe un paisaje agreste, un arroyo que atraviesa todo el valle trayendo el agua de la cordillera, y le da el nombre al paraje donde vivo; un camino rústico por donde don Carlos, el vecino, va con sus carro tirado por las mulas a Zapala llevando los cueros, la cerda, el pelo de chivo y la lana de oveja. Todos los años hace lo mismo y se provee de las mercancías necesaria para comer.

En casa están mi madre y mis siete hermanos. Ya el sol se escondió detrás de la cordillera, las chivas y las ovejas están en el rodeo, le saco el recado a mi caballo, lo suelto para que retoce y se vaya con los suyos. El pozo de donde se saca agua para la familia y los animales está a unos metros del patio de casa, por la noche se tapa con madera porque a los chivitos chicos les gusta correr sobre todo lo que haya, paredes, el borde de los pozos o acopio de ripio, arena o barro seco que queda después de hacer adobes para ampliar la vivienda porque siempre es insuficiente para toda la familia. Ya de noche se hace un resumen de las tareas del día, espero junto a mis hermanos una historia que cuenta mi madre y a dormir.

Florencia, una historia de amor

Noelia Vanesa.Hurtado

Basado en una historia real.

Florencia era una niña muy inquieta, que creció en un pueblo de Santa Cruz con unos pocos habitantes, llamado “Los Antiguos”. Vivía con sus hermanitos, su mamá Laura y su padrastro Roberto. Con el correr del tiempo Florencia comenzó a notar que el papá de sus hermanitos no era el suyo. Empezó a preguntar, pero sus preguntas aun no tenían respuestas; para Laura su mamá, aun no era el tiempo de que Florencia conociera su historia. Al pasar el tiempo y al llegar a su adolescencia las dudas fueron mayores y Florencia no dejaba de preguntar, comenzó a exigir toda la verdad y Laura notó que ya no podría seguir sin contarle su historia a su hija, y así fue que esa charla esperada llegó.

Laura tenía 18 años cuando conoció a Alejandro, el gran amor que había tenido en su juventud, se conocieron y comenzaron un noviazgo del que nadie podía sospechar. Laura vivía con su mamá y su padrastro Juan, un hombre muy violento y agresivo que le tenía completamente prohibido que tuviera una relación con alguien, por lo que esta historia era un secreto que sólo ellos podrían saber, y ante la mínima sospecha que su padrastro pudiera tener, el riesgo sería tanto como para Laura, como para Alejandro.

Al pasar el tiempo la relación se hacía más fuerte: a los siete meses, Laura tuvo una sorpresa, que bajo los riesgos que corrían al estar juntos y el desafío constante de que nadie lo sepa, sería imposible que todo siga igual ya que lo que venía era muy difícil de ocultar: estaba embarazada.

Al enterarse de lo que estaba ocurriendo, comenzaron los miedos, la desesperación, pero también el silencio. Laura temía por ella, por Alejandro y por el bebé que venía en camino por la reacción que tendría su padrastro Juan al saber todo esto. Fue así que decidió tomar una decisión que sería muy dolorosa y sobre la que nadie podía saber.

Una mañana Laura comenzó a preparar sus cosas, ya que había decidido irse muy lejos para cuidar a su bebé y a Alejandro de lo que pudiera pasar cuando Juan se enteró de su embarazo. Fue entonces que decidió irse sola a un lugar muy lejos llamado “Los Antiguos”, en donde comenzó allí una nueva vida alejada de todos. Al pasar los meses nació ese bebé, un 15 de octubre, y la llamo Florencia.

Pasó el tiempo y Laura rehízo su vida con otro hombre con quien tuvo más hijos. Alejandro, por otra parte, sin entender el porqué, tuvo que acostumbrarse a vivir sin Laura, siempre con la incertidumbre de los rumores que corrían de que ella se había ido embarazada de la ciudad.

Y esta fue la historia que Laura le contó a Florencia, pero ella ahora quería saber más, quería saber quién era su papá, aquel gran amor que su mamá había tenido.

Y el momento llegó, Laura comenzó a contarle su historia, que su papá vivía en Zapala, una ciudad neuquina, que quedaba muy, pero muy lejos del pueblo en donde ella había crecido, motivo por el que Florencia tomó una decisión muy importante para ella. En ese entonces cuando lo supo todo, tenía 14 años, y comenzaban los preparativos para su fiesta de 15, pero un día, le dijo a su mamá que necesitaba hablar algo muy importante con ella y en esa charla decidió decirle que no quería esa fiesta que estaban organizando, sino que prefería ese dinero para viajar y poder conocer a su papá Alejandro, ya que ya no sólo quería saber la historia, o su nombre solamente, sino que quería conocerlo a él y sentir lo que sería tener un papá.

Fue entonces que Laura comprendió la necesidad que Florencia tenía de conocer sus raíces, y comenzó a organizar ese viaje. Sin dar demasiadas vueltas, fue que decidieron ir a Zapala, la ciudad en la que Alejandro vivía, aunque no tenían ningún dato, ningún teléfono y solo pretendían llegar a la casa de sus padres, en la que vivía en el tiempo que tuvieron esa relación con Laura.

El primer contacto fue de Laura y Alejandro, ya que al llegar a la ciudad pudo conseguir su número de teléfono, y al llamarlo le dijo que necesitaba hablar con él y contarle muchas cosas que habían ocurrido. Alejandro muy sorprendido le dijo que si, ya imaginando de qué se trataba esta visita y, sin salir del asombro, no dejaba de pensar que su vida estaba dando un giro de 180°, ya que lo primero que se le vino a la mente al recibir esa llamada, fueron los rumores del embarazo de Laura hace 15 años atrás.

Ese mismo día se reunieron, pero a esta reunión Laura no llegó sola, sino que Florencia estaba con ella, Laura comenzó a contarle toda la historia y los motivos por los que se escapó de su padrastro, principalmente el no querer arriesgarlo a él, ni a Florencia. Luego también le hizo saber que su hija había sido insistente para poder conocerlo, y eligió cambiar esa fiesta que siempre había soñado, por un viaje que la llevaría a poder por primera vez estar con él.

Fue así, que luego de esta charla comenzaron a conocerse poco a poco: en cada una de las vacaciones que Florencia tenía, mediante llamadas, pero aun así el tiempo nunca alcanzaba y fue esto lo que le llevó a tomar una nueva decisión a Florencia. Al terminar el secundario decidió ir a Zapala a vivir con su papá y comenzar a fortalecer aún más ese lazo que poco a poco iban creando juntos, conociéndose cada vez más y acostumbrándose el uno al otro, en una historia de quienes supieron pasar obstáculos

para estar juntos, y por qué no, decir que esta también es una historia de amor que se sigue escribiendo cada día, de un padre llamado Alejandro, y su hija Florencia.

Hablame de mí

Cinthia Montesino

Se acercaba la hora de dormir y, como cada noche, Jere le pedía a su mamá que le contara un cuento.

-Mami ¿me contás un cuento?

-Bueno hijo. Hoy te voy a contar un cuento nuevo, que es muy bonito:

Había una vez, una leona que todos los días salía a cazar. Un día la leona le dio una hermosa noticia al león: estaba embarazada. En unos meses iba a nacer un hermoso hijo.

El león no dijo nada y como todos los días salió con sus amigos.

Llegó la noche y el león no había llegado a la casa, la leona preocupada salió a buscarlo.

Caminó y caminó por toda la selva durante toda la noche, fue a ver a todos sus amigos, pero ninguno supo decirle dónde se encontraba el león.

Caminó durante semanas hasta que se dio cuenta que el león se había ido y no iba a volver.

La leona se sentó y comenzó a llorar porque quería mucho al león, pero a la vez sentía mucha alegría de que pronto llegaría su leoncito.

Así que la leona comenzó a preparar todo lo necesario para el nacimiento de su leoncito y esperó y esperó.

Hasta que llegó el gran día, por fin el leoncito nació y al verlo su mamá se dio cuenta que nunca más iba a estar sola y que jamás volvería a estar triste.

A partir de ese día la leona y el leoncito fueron a todos lados juntos, a correr por la selva, a cazar, a jugar y por supuesto fueron muy felices.

Jere que había estado muy atento al cuento, miró a su mamá y le dijo:

Mami, esa leona se parece mucho a vos, porque yo no tengo a mi papá pero juntos siempre la pasamos muy bien.

Ella, sonriendo le dio un fuerte abrazo y un beso y apagó la luz y se fueron a dormir.

La Gran Fuga

Pablo Ledesma

Basada en un hecho real entre el año 1975 y 1976

Esto transcurrió en un pueblo de la Pcia de Entre Ríos el Pueblo que se llama Basabilbaso. Allí existía un orfanato u hogar de menores donde una parte de los chicos, muchos de ellos, sus padres habían desaparecido antes de la dictadura que comenzaba a azotar nuestro país.

Allí había chicos de 5 años a 17 años, sólo varones -los que cumplían 17 años eran trasladados a otro reformatorio para adolescentes y cuando cumplían los 18 eran llevados al servicio militar. En el pueblo, Viale, también había adolescentes con causas penales o judiciales y problemas de violencia familiar.

Tenía diez años y tuve que ir a vivir un tiempo a esa ciudad, a mi padre lo trasladaron por su trabajo y nos tuvimos que mudar allí. Fue entonces que me permitió conocer a chicos que se encontraban internados en el hogar. El conocerlos me permitió poder saber cómo era su vida allí adentro, el compartir la escuela y hacer amistad con ellos me gustó mucho. Eran buenos y educados, iban en fila todos juntos con un celador que los llevaba y los iba a buscar a la salida de la escuela, concurrir a diario al colegio era motivo de alegría, de juegos nuevos: usar un trompo de madera, levantarlo en la mano, jugar a la payana con piedras las bolitas... Juegos de la infancia que hoy son recuerdos muy hermosos que aquellos que lo vivimos tenemos que ser capaces de poder transmitir y enseñar a nuestros hijos y nietos.

Aquel año de compartir el colegio con ellos fue distinto. Su falta de familia y compartir lo que llevabas o si podías comprar alguna golosina se agradecía. Eran educados, de

charlar y cada uno tenía historias distintas de abandono, de perder a su familia, cosas que pasaban en el país. Era muy triste, comenzaba el golpe de estado y los militares asumía el poder en la Argentina. Comenzaron cosas oscuras y triste a nuestra edad no sabía que pasaba.

Conocí a los hermanos Joaquín y José Galván, eran de la ciudad de Santa Fe; sus padres habían muerto en un accidente y el juez de menores los envió al hogar. Con ellos hablaba en el recreo y me contaban cómo era la vida en el hogar, su relato describía de tal manera su vivencia que uno se sentía parte; relataban como aprendieron a ordeñar, trabajar en la huerta, limpiar y aprender un oficio.

Allí adentro la vida según cuentan no era tan bonita, no salían, salvo para concurrir a la escuela. Ellos no iban al cine ni participaban en época de carnaval, -allí era muy tradicional la competencia en la construcción de carrozas entre los barrios.

Sus vidas eran de responsabilidades. Tenían tareas específicas: algunos les tocaba la cocina, otros los cuartos y las huertas que incluía el cuidado de las vacas y las gallinas; la vida allí era distinta, se llamaba hogar y era muy distinto a un hogar con una familia. Tenían horario para las tareas que desarrollar desde temprano con el ordeño de las vacas y la panadería. Todo se hacía allí y no se podían negar a realizar porque nadie quería ser castigado. Cuando me contaban cómo era su vida decían que tenían cosas buenas y no tan malas, sino que uno no estaba acostumbrado.

A nuestra edad no comprendía muchas cosas de las que me relataban, muchas veces no las entendía. Me resultaba difícil comprender por mi poco conocimiento de que existieran esos lugares. Nunca lo imaginé con apenas diez años y si bien tenía un diálogo muy bueno con mi padre, de eso nunca hablamos.

En el tiempo que compartimos la escuela no alcanzaba para contarnos cosas; yo le contaba cosas de programas de tv como “El Zorro”, “Batman y Robín”, donde uno esperaba a la tarde para verlos y yo tenía esa tarea.

Pasado el invierno, mi padre regreso a nuestra ciudad y yo me tuve que quedar con la familia donde alquilábamos, sólo hasta terminar el 5º grado. Luego Don Antonio, amigo y compañero de trabajo de mi padre, asumió la responsabilidad de llevarme a Paraná con mi padre a la casa de mi abuela. El tiempo que me quedó hasta terminar ese año la escuela, los días, semanas y meses transcurrieron y mi amistad se hizo unida con ellos. Los fines de semanas iba a verlos por el tejido y veía las actividades que realizaban. Nuestra amistad crecía, era buena, teníamos confianza, nos contábamos cosas de chicos, nos reíamos de bromas y cosas así.....

Con el transcurso de los días, en un momento logré no ir a la escuela porque estuve enfermo y con dolor de oído. Eso me permitió llegar al Hogar y pedir que me permitan pasar a copiar lo de la escuela y ponerme al día, Me dejaron pasar a copiar lo de la escuela y pasamos al comedor del Hogar: era raro. Luego me llevarían a mostrarme el hogar.

Joaquín: Mirá, este es nuestro dormitorio.

Yo: ¡Qué grande!- respondí asombrado

Joaquín: Los baños y las duchas son limpias y grandes.

Yo: Jamás pensé que podía existir.

José: Vení, te mostraremos la cocina y el almacén.

Yo: ¡Nunca vi ollas tan grandes! Ni pavas, tampoco teteras.

José: Si son para el desayuno y la merienda.

Yo: Qué bueno y, ¿quién lava todo esto?.

Joaquín: Nos ayudamos entre todos. Los cocineros, ellos eligen quien ayuda por semana y nos vamos rotando.

José: A veces nos quedamos más tiempo porque esto te conviene por la comida y el postre

José, Joaquín y yo nos reímos.

Pasaron las semanas y el año escolar terminaba; los días pasaban el año escolar terminó y ellos me comentaron de un plan.

Ellos, juntos con otros chicos del hogar, ya tenían planeado todo. Me invitaron un día a repasar cosas de la escuela, con esa excusa nos juntamos y allí me enteré de su plan.

Ellos planeaban escaparse del hogar tenían todo organizado, sin olvidarse detalles. Parecía una película, eran en total cinco del hogar y me incluyeron a mí para ser parte de la aventura de regresar con sus familias.

Era un domingo la fuga. El plan era asustar a las vacas contra el alambrado así lo volteaban y les permitía la huida. Yo tenía que esperar cerca de la estación del tren, ellos decían que las vías llegaban a Paraná y era mejor.

Ellos, al salir por donde estaba el corral de la vacas, estaban lejos del hogar y eso permitió que no se dieran cuenta. Mientras nos juntamos en las vías y allí conocí a Carlos, Alberto y a Tacuara, que era su sobrenombre; no le gustaba su nombre que era el de su padre: Alfonso, se llamaba.

Yo tenía que llevar fósforos (si eran de velas mejor) y una botella de agua, pan y un cuchillo. No hubo problemas, yo llevaba eso; nos juntamos y comenzamos a caminar por la parte de debajo de las vías, así de lejos no nos podían ver.

Cuando llegó la noche el hambre y el frío nos hizo detener; nos pusimos mal, no sabíamos que hacer. Carlos y Tacuara eran los más grandes y nos calmaron.

Comenzamos a juntar ramas y ellos prendieron fuego; en el campo que pasamos sacamos algunos choclos y ellos lo cocinaron asados. Yo era la primera vez que comía, eran riquísimos. Lo poco que sacaron ellos se les cayó en la carrera al escapar y nadie quería volver a buscarlo.

Se dejaron muchas cosas allá en el hogar: amigos, recuerdo....En esa carrera alocada no se podía volver. La carrera era a la libertad, a recuperar su familia. Yo me sentía parte de ellos, formaba parte de esa aventura sin necesidad pero la amistad me unió a ellos y aprendí con mi corta edad lo que era ser amigos. Nuestra aventura duro cinco días.

Fueron hermosos, pescamos con bolsas finitas y pan, aprendimos a activar un molino de viento para sacar agua potable, cazamos cuises con mí gomera y acomer palomas....

El primero en llegar fue el Tacuara a su pueblo Crespo. Antes de llegar a Paraná, fuimos directo al campo de su abuelo y abuela; ellos nos recibieron contentos y comimos bien. Su abuela nos cocinó y fue muy buena con todos nosotros. No dejaba de abrazar a Tacuara y llorar; era como él nos había contado que sería. Por la tarde el abuelo nos hizo llevar con un amigo suyo que iba a Paraná. Viajamos en una camioneta vieja y nos dejó en la terminal de la ciudad, cada uno agarró para donde vivía.

José y Joaquín iban a la casa de su tía, Carlos y Alberto, a su casa; prometimos volver a juntarnos allí en una semana. Sólo nos juntamos una sola vez, luego dejamos de vernos, no se podía andar solo en la calle. El país estaba bajo la dictadura militar.

Yo iba y ellos no fueron más y dejamos de vernos.

Cuando me tocó la colimba, en plena revisión médica, me tocó con Tacuara. Fue mucha alegría; hablamos mucho de nuestra aventura pero nunca más supimos de Alberto, Carlos, José, Joaquín.

Luego del servicio militar cada uno volvió a su casa y nunca más nos juntamos.

La luna fue testigo

Andrea Troncoso

En un pequeño pueblo, de calles oscuras y barrios sigilosos. La vida de dos amigos, casi hermanos, que compartían horas de charlas, momentos únicos que solo podrían quedar registrados en sus vidas.

Solo fue una noche, ésta como ninguna, serena, tranquila y algo sospechosa; cerca de las 02:00hs: se escucharon gritos; voces desesperantes, aterradoras, pero se lograba comprender el “Yo lo mate”, “Fui yo”.

Pablo estaba en la casa de sus padres ese día. Un festejo llevo al grupo familiar a vivir un día diferente, jolgorio, brindis, baile, música, en un conjunto de cosas hicieron terminar la juntada de tarde noche en un grupo mayor a diez personas, que se fueron sumando.

Iván, por el contrario, en la calma de la tarde se encontraba cuidando a sus dos hijos, Samuel de seis años y Gael de dos años. Solían pasar tardes interminables donde los tres disfrutaban de merienda, juegos, risas, películas, y momentos familiares, de disfrute, de no poder describirlos, porque el sentimiento de estar allí, solo ellos podrían detallarlo. Ya más tarde, en un momento Iván salió a comprar al kiosco de la esquina, quería fumarse un cigarrillo, como hacia todas las noches en el silencio de su casa.

En el camino al kiosco, debía pasar por la casa de su amigo, se sorprendió por el volumen de la música, pero siguió su recorrido. Al regresar, luego de comprar, Pablo estaba en la vereda de su casa, fumaba un cigarrillo y lo invito a pasar; le invito un trago y lo incluyo a las charlas del grupo. Iván, rápidamente se unió al juego de cartas que en ese momento, disfrutaban y lo acompañaban de tragos.

En el transcurso del encuentro se dieron diferentes tipos de charlas y debates con respecto a la vida, a desencuentros y desamores.

Es el momento en que Pablo toma la palabra y reclama señalando a Iván:

- Yo tengo conocimiento de la historia que tuviste con mi esposa-

Iván respondió:

-Yo nunca tuve nada, ¿cómo puedes pensar eso de mí?, es que no me conoces?

En este momento todo el espacio y la situación fueron tensos y la conversación fue tomando otro rumbo, otro tono, más violento. Pablo tenía unos tragos de más, se puso de mal humor, el clima, se había alterado fue entonces cuando Iván pensó: “Quizás irme sería lo mejor”.

-Me voy, mejor hablamos mañana más relajados, cuando puedas mantener una charla-
dijo y se alejó despacio.

Pablo enfureció. Fue en busca de un cuchillo y lo persiguió. Los amigos trataron de detenerlo. Nada lograron hacer.

“Yo lo mate”, “Fui yo”, gritaba con desesperación Pablo, quien hasta ese instante no tomó conciencia de lo que había hecho.

La traición fue por la espalda. Le dio más de 20 puñaladas. Las primeras horas del amanecer, dieron la noticia.

Policía, cuerpo médico, y vecinos presentes constataban la muerte.

La luz de la luna fue testigo, de esa noche serena, cruel, hermética que se vivió, aquella que no encuentra dar una explicación de lo acontecido.

La maldición del cacique

Karla Nahir Almendra

Santi tendría unos diez u once años cuando escuchó la historia por primera vez y después de eso su forma de ver el mundo, cambió.

Había un paseo obligado que todos los chicos del barrio disfrutaban si el fin de semana estaba lindo, y si no había mucha tarea para hacer, los preparativos empezaban temprano: una botella de agua, una fruta, una campera para la vuelta, la bici, las zapas y una gorra que cada mamá se encargaba de fijar en la cabeza de cada uno de los nenes. La advertencia era clara: ‘no te la vayas a sacar, porque el sol antes de las cuatro hace mal’. Nadie se atrevía a desobedecer ese tipo de indicaciones, mucho menos Santiago que sabía el tipo de mirada amenazante que ponía su madre al hablar en serio sobre algo.

Antes del medio día, un grupo de entre cinco o seis niños se aventuraban a ir hasta el Michachéo. La verdad es que quedaba bastante lejos del resto de la ciudad y para llegar, sí o sí había que hacerlo en bicicleta porque si no, se llegaba con el doble de cansancio. No era peligroso, era toda una zona prácticamente rural, llena de estancias e incluso con una escuelita primaria cerca.

Para el grupo de amigos, ir hasta ese cerro, subir, y apreciar la vista de la ciudad que daba aquel punto, era toda una travesía. Se comportaban con esa adorable exageración infantil que hacía parecer que acababan de escalar la montaña más alta e inhóspita del mundo, y al acabar cada viaje, la satisfacción era inconmensurable. Se sentían los chicos de once años más valientes e independientes del mundo y para el lunes, ya tenían un montón de historias y anécdotas para contar en el colegio, donde los

compañeritos de otros barrios que no conocían el lugar, los veían como legítimos héroes.

Un día mientras Lucas, el mejor amigo de Santi, contaba con fervor todos los detalles de la última escapada que habían hecho al cerro, algo fuera de lo común intervino en su monólogo.

- Atrás de ese cerro hay una tumba. Es de un cacique y dicen que está maldito. - aseveró Luján, la compañerita nueva.

Todos la miraron con desconfianza, porque además de aparecer de golpe en la conversación, nadie la conocía demasiado; apenas había pasado una semana desde que la seño la había presentado al sexto grado.

- ¿Qué? ¿Cómo una tumba? Nunca vimos nada de eso... y hemos ido millones de veces. Conocemos el cerro como la palma de la mano. -dijo Lucas algo molesto por esa interrupción tan descarada.

- No creo que lo conozcan tanto... sino sabrían. - agregó Luján con cierta altivez. - ¿De verdad nunca escucharon la leyenda?

- No hay nada atrás del Micha... nada más que campo. ¿Vos fuiste alguna vez? - interrogó Lucas, que era el único que se animaba a hablarle a la nena nueva.

- No, yo no fui nunca, pero no me hace falta ir para saber que lo que digo es cierto. Es más, si fuera, te aseguro que encuentro la dichosa tumba.

- Nunca bajamos del cerro por la parte de atrás. -susurró Santi a Lucas por lo bajo, con real intriga.

- ¿Ves? Ahí está. No conocen tan bien el cerro. -reprochó Luján que había alcanzado a escuchar. - Yo seré nueva por acá, pero mi familia conoce todas las historias de la ciudad de 'pé a pa'. - vociferó.

La compañerita nueva se llevó todos los comentarios de admiración con ella porque de pronto todo el curso estaba fascinado por las historias que sabía y quizá, no era tanto por lo que contaba en sí, sino la forma en que hablaba de cada tema. Parecía muy segura de todo, y pese a la incomodidad inicial que generó en los chicos, los dejó pensando por el resto del día. El grupo no habló más del tema, ni siquiera en el recreo; salieron todos juntos y se sentaron bastante reflexivos, pero nadie comentó nada. Tocó el timbre de salida, y cada uno se volvió a casa incluso sin ponerse de acuerdo para salir más tarde a jugar al fútbol, como de costumbre.

Santi, que era el más curioso, todavía tenía el asunto de la leyenda dándole vueltas por la cabeza. ¿Realmente había mencionado la palabra “maldición”? ¿De qué se trataba eso? Mil cosas se le habían ocurrido pensando en la cantidad de veces que quizá fueron por esas tierras y pasaron cerca de la tumba sin darse cuenta ¿Y si todos ellos ahora estaban malditos por el cacique? Estaba en casa y mientras resolvía la tarea de matemáticas a una velocidad luz, ya iba planeando decirle a su mamá que saldría a jugar al fútbol como todas las tardes, aunque fuera mentira.

La verdad era que Santiago estaba terriblemente apurado por salir, pero no justamente para juntarse con sus amigos de siempre, sino para ir en busca de más información sobre esa inquietante leyenda que lo había dejado tan preocupado. La excusa del partido había funcionado a la perfección, puesto que su mamá sabía lo serios que se podían poner los chicos al hablar de sus encuentros en la canchita del barrio, así que una vez acabados los ejercicios del colegio, agarró sus guantes de arquero solo para disimular y salió de casa. ¿Por dónde comenzar? No sabía en donde encontrar a su compañera nueva y definitivamente no quería poner en una situación incómoda a sus amigos de nuevo. Algo tenía que encontrar, pero definitivamente no tenía ninguna

dirección por la cual comenzar a buscar, así que no se le ocurrió una mejor idea que ir hasta el patio del colegio, que siempre estaba abierto después de la jornada escolar.

- Pensé que hoy no nos juntábamos acá. –dijo Lucas, con una voz agitada, como si acabara de correr una maratón.

- No... yo... yo tampoco. –balbuceó Santi sorprendido por encontrar a su amigo en el mismo lugar. – en realidad hoy no quedamos en nada.

Los dos permanecieron callados, mirando el piso como si estuvieran en un duelo de silencios incómodos. No llegó nadie más, así que después de un rato de jugar nerviosamente con los guantes en mano, Santi preguntó:

- ¿Y si es verdad que no notamos al cacique?

- Y... puede ser... -dijo sorprendentemente Lucas aún un poco ofuscado. Santi lo miró con la cara medio pálida, como si tratara de entender como era que el líder de ese grupo de expediciones, a quien todos seguían, estaba volviendo sobre sus propios pasos.

- Mi abuela y mi papá siempre me dicen que si seguimos yendo tanto para allá, nos vamos a quedar con la maldición. Me dicen que seamos prudentes, que nos portemos bien o el cacique se va a enojar y va a castigar a toda la ciudad por nuestra culpa, o que nunca nos vamos a poder ir de Zapala, pero...no sé. Yo nunca me lo tomé tan en serio, es como cuando te dicen que el cuco bla bla bla... solamente para que te asustes.

- ¡Entonces puede ser cierto! – se alarmó Santi - ¿Y si pasamos por encima de su tumba sin darnos cuenta? Nos va a maldecir para siempre, ¡Ya perdi la cuenta de las veces que fuimos! ¡Imaginate!

- Pero nunca vimos nada y anduvimos por todos lados.

- ¡Nunca bajamos por la parte de atrás! ¿Y si es la cruz que tiene arriba?

- No, es imposible... esa cruz la toca todo el mundo y no pasa nada. Además no tiene nombres ni fechas escritos.

Santi se agarraba la cabeza y seguía pensando en todas las posibilidades; si había una maldición ¿Cómo se libraban de ella? No estaba seguro de querer volver a subir por el cerro y así, como cada expedición era una exagerada obra de valentía en esa cabecita infantil, ahora toda esa historia de tumbas y caciques era una tragedia.

- Hay algo más... -dijo Lucas por lo bajo. - Mi abuela siempre dice que en la tumba hay un tesoro.

- ¿Qué?

- Sí, un tesoro.

El resto de la charla entre los dos amigos fue una montaña rusa de suposiciones, desde lo más fantástico a lo más absurdo, pero al final la conclusión, fue de valientes: irían nuevamente al cerro el próximo sábado. Había que dejar todos los deberes al día, y conseguir permiso de todos los padres, sin importar el clima que les tocara. Si había una maldición, sólo iban a lograr deshacerse de ella en el lugar donde la habían encontrado.

El resto de la semana se hizo interminable y a medida que los días iban pasando, se sumaron a la aventura no solo los amigos de siempre, sino también la nena nueva, que estaba decidida a probar su punto, y uno que otro compañerito curioso extra. No fue fácil aceptar frente a todos que la leyenda podía ser real, sobre todo para Lucas.

Llegado el sábado, un grupo de casi veinte chicos se juntaron afuera del colegio. La única condición que la mayoría de los papás puso, fue que los supervisara un adulto, así que sin demasiada vuelta buscaron al hermano de Diego, que era lo más cercano que podían encontrar para cumplir con el trato. Todos con la botella de agua en la mochila, la gorra, la fruta y las camperitas, salieron pedaleando por la interminable avenida que los llevaba hasta el predio vacío que comunicaba con el campo. Caminaron por el costado de la fábrica arrastrando las bicis por las piedras, esquivaron

los charcos enormes de agua que se habían acumulado con la lluvia y finalmente pudieron volver a encaminarse por la ruta de tierra que iba directo al cerro. Se pararon en la arboleda que daba comienzo a la calle y miraron hacia la imponente figura del Michachéo que de pronto parecía mirarlos de frente, de forma desafiante. La bajadita que siempre agarraban con las bicis a pura risa, ahora tenía un sabor un poco más amargo; todos tenían miedo de dar un paso en falso y dar con alguna tumba, o alguna cruz. Tragaron saliva todos juntos, casi al unísono y aflojaron los pedales para salir disparados por la gravedad de esa calle empinada. En menos de veinte minutos, ya estaban todos los chicos y el adulto responsable, parados al pie del cerro.

- Es re alto. -dijo con honesto asombro Diego.

- ¿Por qué hay alambrados? - observó Luján, con los ojos entornados mientras miraba todo muy atenta.

- ¿Vieron los cerditos en aquella estancia? - se emocionó Juan.

- Hay cuevitas de cuis, ¿Alguna vez vieron uno? - cuestionó Luna muy intrigada.

- Yo no sé si quiero subir. Es muy peligroso. - dijo Leo que se había sumado de curioso.

- Y aquellas lomas, ¿Que tan lejos quedan? - preguntó de nuevo Luján.

- A ver, a ver, a ver... no se puede rodear por abajo, así que si queremos ver si existe la dichosa tumba, vamos a tener que subir aunque sea alto y dejar de distraernos. -dijo irritado Lucas. - Es un cerro. ¿Ven que hay como un caminito? Es más fácil de lo que parece. Se sube en espiral.

Como siempre, Lucas tomó su lugar de líder y se abrió paso por el alambrado, buscando el pedacito que estaba flojo y por el que siempre entraban. Lo levantó con agilidad y con un gesto, le indicó al resto que pasaran por ahí. Santi fue el primero; dejó la bici contra un árbol y pasó sin ningún remilgo, empezando el recorrido

enseguida. Después, el resto de los chicos fue pasando uno a uno, siguiendo el paso del primer valiente.

- Si alguien necesita ayuda, chifla y listo. -dijo Lucas, haciendo un silbido agudo como ejemplo, para después ir al final del grupo a controlar que nadie tuviera problemas.

Santi iba pensativo pero decidido en encontrar respuestas y Lucas, por otra parte, iba atento y un poco crispado por lo disperso del grupo; el resto de los chicos de repente se había olvidado del miedo porque estaban realmente asombrados, cada uno con cosas diferentes. Que los cerditos, que los ratones, que las piedras de mil formas y colores, que la altura, que la vista, que los chistes, que las risas, que lo chiquitas que se veían las casitas. Al fin la cima.

Todos estaban jadeando del cansancio, porque entre el calorcito del sol, la charla y la subida, las caritas parecían tomates. Nadie habló, todos tomaron agua y respiraron profundo mientras miraban alrededor. Era alucinante. De un lado toda la ciudad, y del otro un campo enorme lleno de nada más que naturaleza desértica. Era una obra de arte.

- Bue... no fue tanto al final. -dijo Diego orgulloso. - Que lindo es todo desde acá.

- Si la fábrica no estuviera tan cerca, diría que hasta se respira aire puro. -se rió el hermano mayor que acompañaba al grupo.

- Creo que puedo ver mi casa allá, al final de aquel circulito verde, que es la plaza. - señaló Luján, con una sonrisa que pocas veces mostraba.

- Yo encontré unas piedras con formas re lindas, ¿Las quieren ver? - comentó Luna.

- Ese manchón blanco y negro que se mueve al lado de la escuelita, son las vacas que vimos de camino. ¡Mirá que lindas! -se fijó Juan.

- A lo que vinimos. -interrumpió Lucas mientras empezaba a bajar por la parte de atrás del cerro, seguido por Santi que iba todavía ensimismado.

Nadie quería bajar realmente, todos habían sacado su fruta del bolso y estaban muy relajados reunidos alrededor de la cruz blanca que adornada la punta del cerro, pero si había alguna razón por la que estaban en ese lugar tan lindo, era encontrar la tumba del cacique, así que no podían quedarse con la duda. Todos bajaron.

- ¡Ahí esta! – gritó Santi desde abajo, cual naufrago que encuentra tierra firme. Todos se alarmaron y bajaron tan rápido como sus cansados cuerpitos les permitieron.

En efecto, había un montículo de tierra rodeado de piedras blancas justo al final del camino de bajada. No se parecía a las tumbas del cementerio, pero se notaba que ese rectángulo de piedras indicaba que algo había bajo del montón de tierra.

- Yo tenía razón.- se apresuró a decir Lujan, victoriosa mientras Lucas rodaba los ojos.

Los demás se quedaron mirando el rinconcito por un rato, ya sin tanto miedo y fue Diego el primero en hincarse al costado mirando al cielo.

- Gracias por hacer que el cerro esté tan lindo, cacique. Lo vamos a cuidar, con animalitos y plantas incluidas... no nos maldigas. – cerró los ojos, dejó una figurita que traía en el bolsillo como regalo y se fue hasta el camino otra vez.

- ¿Vamos arriba para mirar la ciudad y descansar un poco? – todos asintieron, saludaron al cacique, como si los mirara desde algún lugar escondido del cerro y se fueron de vuelta a la subida.

Santi y Lucas fueron los últimos en irse. Estaban menos emocionados de lo que esperaban al encontrar “la tumba”, y el contraste entre las risas de los compañeros que iban subiendo y lo poco que ellos mismos habían disfrutado el viaje, los hacía pensar.

- ¿Habías notado las cosas que nombraron los chicos antes? – pregunto Santi.

- ¿Qué cosa?

- Como se ve el corral de vacas desde allá arriba, o las cuevitas de los ratones, las piedritas que juntó Luna...

- No... nunca junté piedritas.

- Qué bueno que vinimos, porque capaz, el tesoro era descubrir todas esas cosas y la maldición... estar tan ciegos. -reflexionó Santi, para después suspirar y mirar a los chicos en lo alto con una leve sonrisa.- Bueno... en todo caso, ya estamos curados ¿Vamos arriba?

Las mujeres y la naturaleza

Analia Marcela Blanco

*“Qué los niños que nacerán de las cenizas tejan rondas de colores y que los nuevos
bosques. Por otros diez mil años, cuenten la historia del regreso”*

V. González.

Una vez escuché decir que todos los años en Junín de los Andes, en el majestuoso volcán Lanín, un grupo de mujeres mapuches ascendían al mismo hasta llegar a su cumbre para realizar un “*ngillatun*”. Según las palabras que difundía una radio comunitaria de San Martín de los Andes, ellas con esta ceremonia, agradecían la existencia de la inmensa naturaleza y hacían alabanzas para calmar la furia de Pillan.

PILLAN, PILLAN, resonaba; permanentemente, en mi cabeza, y tras de la intensa incertidumbre me dirigí a distintos lugares a rescatar voces que saciaran mi ansiedad sobre la verdad de las mujeres de las montañas. Y es así que el viento cordillerano me trajo a mis oídos importantes relatos de vidas de distintas mujeres: mujeres que viven en la ciudad, mujeres que viven en el campo; muchas voces femeninas que cuentan historias, anécdotas y que son importantes de rescatar.

Laura, Paula y Rita son tres mujeres que viven en distintos lugares de este gigantesco planeta y que tuve la suerte de conocer; sus relatos cuestionan la forma de considerar la existencia de la vida, “todo se transforma, nada muere”. Aprender que nuestra naturaleza no sólo es un objeto para complacer a la humanidad, sino que es nuestra

madre y que todo depende de ella: ¿cuidarla o destruirla?. Sólo depende de las manos que sostienen a este mundo.

LAURA

Soy, Laura, nací en el Paraje Aguada del Overo, ubicado a 75km de la ciudad de Zapala, tengo 34 años y 6 hijos. Soy una madre joven, con un piuque (corazón) humilde, pero con una gran sabiduría, el mapuzungun. Actualmente, soy quimeltuchefe en la Escuela n° 290 "Aguada del Overo", les enseño a los niños, la lengua materna, y los saberes de la cultura Mapuche que me fue transmitido por mis ancestros. Mi madre, María, ñizol lonco zomo de la Comunidad Cayupan me contaba que cuando nací, mi abuela le dijo:

- Laura va a tener el don de la Lengua Mapuche y va a ser la encargada de transmitir ese conocimiento a su comunidad. Y Piuque su hermana iba tener el don de tejer, afirmó la anciana que según un peuma, un sueño, se le había revelado."

Cada palabra expresada por ella me asombraba, y me ponía a pensar como a partir de un sueño podían construir un presente y un futuro, ¿el destino ya está decidido. Aprovechaba la gran sabiduría de este ejemplo de mujer y seguía preguntando: ¿qué es el ngillatun?

"El ngillatun" es una ceremonia que realiza una comunidad, es un evento religioso muy sagrado para hacerle alabanzas al Dios del volcán, Pillán, que es un espíritu, unas de las divinidades más respetadas ya que, debido a su naturaleza y poder. Éste castiga con sequías, inundaciones, terremotos, enfermedades, la erupción de volcanes, entre otros. Todos los años las abuelas desde que eran jóvenes ascienden al volcán para recordarle a sus descendientes la Leyenda del volcán Lanín". ¿Qué cuenta esa leyenda?

“Hace muchos años, vivía en la cumbre del volcán, Pillán, deidad del mal aunque justa y defensora de la naturaleza. Un día, los jóvenes de la tribu Huaiquimil estaban persiguiendo huemules . El dios, al ver que mataban los animales, se puso furioso, desató una gran tormenta y el volcán empezó a arrojar lava, humo, llamas y cenizas provocando terror en la población.

Consultaron al brujo de la tribu, quien condujo a la solución: para aplacar la ira de Pillán era necesario sacrificar a Huilefun, hija menor del cacique, bella y simpática criatura adorada por todos. Debían arrojar su cuerpo a la hoguera del volcán.

La princesa debería ser conducida por el joven Quechuán, quien cargó entonces con la muchacha, llevándola hasta el lugar de la montaña donde los vientos soplaban con mayor intensidad y, según las instrucciones, la abandonó allí.

Enseguida un cóndor, de ojos refulgentes se acercó con su vuelo majestuoso, tomando a la joven entre sus garras, para elevarse y luego arrojarla al centro del mismo cráter. De repente densos nubarrones ocultaron el cielo y una espesa nevada cubrió la hoguera. Desde entonces, el Lanín yace callado, ocultando a la princesa y el fuego de sus entrañas. Y en el lugar está prohibido cazar huemules.”

Finalmente y gracias a la explicación de Laura, pude comprender la gran conexión que tiene el pueblo mapuche con la naturaleza y que por ello, son reacciones muchas veces a que le saquen una flor, un hueso... ¡Tantas historias que tiene esta muchacha! Espero que algún día escriba un libro...

RITA, ¿CHAITEN, CHILOTES?

Soy Rita, nací en el Chaitén, crecí en este pueblo maravilloso y no me pienso mover de mi tierra. Actualmente, mi sostén económico es el trabajo de hotelería, y en la temporada de verano, turistas de varios países pasan por hostel. Soy conocida como

“la rebelde hija de los colonos que quiere revivir El Chaitén”. Rebelde con causa y sin causa, rebelde porque alojo a musulmanes, a Israelitas, a extranjeros, más que a chilenos/as. Rebelde porque fui testigo de la furia del volcán Chaitén y porque tras el desastre ambiental yo me resistí a la evacuación. Estoy con mi pueblo en las buenas y en las malas.

“Chaitén, significa “colado con chaihues” o “canasto de agua” en lengua “huilliche”, por ser un lugar al que la lluvia acompaña prácticamente durante todo el año, es un pueblo ubicado en las lejanas tierras australes de Chile, en tierras cordilleras frente a la isla Chiloé, un lugar donde se avecindaron, por allá por principio del siglo pasado , gente venida de todas partes quienes, a fuerza de hachas y machetes, se abrieron paso en la agreste y espesa vegetación patagónica construyendo un pueblo ,su pueblo y cuya identidad finalmente la encontramos, justamente en la diversidad de su gente. Pero, a todos ellos los une una característica común y es que para vivir en estas tierra se necesita ser gente de coraje, de esfuerzo y de mucho valor, personas que no le tienen miedo a la adversidad y hoy lo prueban, tras la erupción de volcán homólogo que, el 2 de mayo del 2008 despertó después de 9000 años y se hizo presente, despoblando el pueblo y desplazando a su gente, pero una vez más ellos demuestran que, más allá de la tristeza, puede volver a ponerse de pie y seguir adelante luchando, acá, allá o donde sea, quizás con la nostalgia de lo que fue, pero que hoy renace nuevamente...para ser feliz.”.

Recuerdo cuando el gobierno de mi país dio la orden de evacuación, en ese entonces éramos 5.000 habitantes. Todos se fueron, agarraron sus pocas pertenencias y corrieron hacia el ferry. Sin embargo, yo y doce vecinas más nos resistimos y quedamos para librar batalla ante esa espesa nube gris . Tristemente veía a mis vecinos desconcertados, navegando las aguas de mar Pacífico; y yo sintiendo los permanentes temblores que me mareaban .

Convertimos a nuestro pueblo en un matriarcado, entre el polvo de las cenizas nos arreglamos con las pocas mujeres que sobrevivimos sin agua, sin luz. El gobierno chileno nos negó toda ayuda y les ordenó a los carabineros negarnos cualquier ayuda. Nosotras sabíamos de las donaciones que habían hecho los chilenos y sobre todos los argentinos; donaciones que nunca no llegó. Aprecio a los argentinos porque siempre son solidarios cuando nos sucede alguna catástrofe ambiental. Igualmente, los carabineros; clandestinamente, nos proveían de elementos básicos para poder sobrevivir, y así pasamos los años.

Hoy el Chaitén es el doble más bonito de lo que era antes: parte del bosque había quedado blanco con las cenizas; hoy, otra parte del bosque volvió a resurgir de esas cenizas, dándole a los vecinos una gran vista espesa como la selva tropical. Las hojas de nalca nos transportan hacia el pasado y nos hacen sentir de que estamos viviendo en la época de los Dinosaurios.

Por nuestro pueblo han pasado muchas persona, estrellas de cine, políticos, etc.; según ellos vienen a pasear por estos lados porque se sienten libres, la gente no lo molestan.

Una vez llegó la Ministra de los Lagos de Chile, me quería comprar un pedazo de tierras que me pertenecían, yo le dije que no se las iba a vender. La ministra me dijo: “Usted no me reconoce, soy la Ministra de los Lagos, soy una autoridad política”.

Consecuentemente, le respondí que el Chaitén no distinguíamos a las personas por cargos políticos o clase social, sino que prevalecía el hecho de que todos somos humanos. Finalmente, no le vendí nada y tuvo que regresar por donde vino. Al Presidente de Chile, Piñera, le hicimos lo mismo. En el Chaitén manda el pueblo.

Tras la resumida historia de la vida de Rita pude comprender que ella ama a su pueblo, y a pesar que corre el riesgo de que el volcán esté en alerta amarilla, ella está dispuesta a proteger a su hogar y a su tierra. Rita no reza, no cree en un Pillán, pero tampoco cree en las personas, menos en su gobierno y en las empresas extranjeras que se ven tentadas en saquear los recursos naturales: agua para ser vendidas...

PAULA

Por último, considero importante escribir las palabras de Paula, ya que en Chile, en la Araucanía, el pueblo Mapuche está siendo perseguido social, ideológica y culturalmente. Están acusando a los integrantes de algunas comunidades de ser terroristas. Sin embargo, rescato el valor que tiene la figura de la mujer ante este conflicto, ya que ellas son las voceras que defienden su bagaje cultural y muestran que luchan no a través del terrorismo, sino que a través del conocimiento.

“Yo soy Paula, provengo de Arauco y actualmente, estoy viviendo en Temuco. Trabajo haciendo clases de Mapuzungun en Temuco, Concepción y Ancón; y aún estoy aprendiendo. Como saben el Mapuzungun es una lengua que está en peligro de extinción y tenemos que hacer mucho esfuerzo para que nuestra lengua y nuestra cultura no desaparezca, y es responsabilidad de nosotros como MAPUCHE, la gente que habla mapuche ya es consciente de empezar a aprender nuestro idioma para poder enseñárselo a nuestros hijos y a las generaciones venideras. El idioma también es una

parte de la LUCHA MAPUCHE, como es la LUCHA DEL TERRITORIO, LA LUCHA DE DEFENDER LOS RÍOS, ya contra toda esa MEGACULTURA OCCIDENTAL que se nos vino encima...”

Tantas historias de mujeres que deben circular en nuestras sociedad y que están silenciadas por el poder hegemónico, cuántas voces reclamando justicia por algún femicidio, cuántas voces reclamando una sueldo mejor, como lo hacen actualmente las docentes. Cuándo la humanidad priorizará mirar y respetar al otro/a .

Espero que luego de que leas estas simples líneas puedas sacar tu propia reflexión. Las mías son palabras con lágrimas, el saber que el capitalismo sólo piensa en la explotación de la tierra sin pensar en el caos que está generando a la generaciones no tan venideras porque ya la contaminación está afectando a sectores de la población de nuestro país. O será que por no entender, solamente nos queda rezar para que Pillan no despierte su furia. Quizás *“despertemos del sueño azul imponente cordillera de bosque, de mar de canelo y ciprés a la devastación por el hijo dejándonos llorosos apenas de pie”*.

Cassette

María Soledad Urra

Hace treinta años atrás, vivía en un lugar donde respirar era todo un placer de pastos verdes y aroma a leche recién ordeñada; cerca del corral grande estaba mamá con sus tareas habituales.

Los domingos, sin obligaciones escolares y con las zapatillas puestas en los pies equivocados, mi caminar era majestuoso, mis ojos estaban ávidos de lo que me rodeaba. Tomaba un callejón, en cada paso inspiraba, e invitaba a vociferar palabras sueltas, como si cada árbol me escuchase, pájaros en el aire, montañas sublimes. En medio de esos paisajes divisaba a papá... Y corría a sus brazos. Él era el encargado de esa estancia, venía de hacer el recorrido.

Esa tarde luego de recibir a papá, salí a explorar ese mundo tan mío, cuando de pronto me topé con un tanque grandísimo, tal vez estuvo allí siempre, más nunca lo había observado. Me acerqué despacito, como pispando a ver de qué se trataba: era azul y tenía tonos color ocre. Tal vez el óxido lo había puesto así. Se parecía a los tanques del ejército.

Como pude me trepé, mis zapatillas gastadas y mal puestas resbalaban, nadie me observaba. Cuando logré subirme, ya sin caer al piso, porque me habré caído como unas diez veces mínimo, me encontré con un hueco tan grande que pude haberme metido allí tranquilamente, pero descubrí que tras hablar por ese hoyo, mi voz se

propagaba: ¡qué hermoso y fuerte se escuchaba!. Luego me puse a jugar a hacer programas de radio, como los de radio nacional. Entonces hablaba, mandaba saludos y jugaba hacer radio.

La pasión seguía; en casa agarraba cassettes de folclore de los que escuchaba papá, con el REC en mano, saludaba a la familia, decía la hora e infaltables eran los comunicados al poblador.

Demás está decir que era la primera en salir de casa cuando papá ponía su cassette de Larralde porque, en medio del recitado, salía mi voz con mis primeras prácticas radiofónicas.

Pasaron muchos años unos, treinta y dos. Hoy trabajo en radio, además curso la Tecnicatura en comunicación popular. Con este relato autobiográfico, me vi en ese tanque azul y oxidado, comprendí que en aquella tarde mágica, yo encontré mis sueños y mi destino.

LAS PALABRAS DE MI ABUELA

Bárbara Quevedo

Soy Quevedo Bárbara, tengo actualmente 31 años, soy madre de cuatro pequeños: Aldana, Ignacio, Valentina y Julieta, ellos son los amores de mi vida, mis cuatro pilares, quienes me impulsan día a día a superarme...

Soy nativa de la localidad de Zapala y amo mi ciudad a pesar que nos quejemos del viento. Y aprovechando a que lo nombré, me atrevo a contar una anécdota sobre él.

Creo que en ese entonces tendría yo unos diez años, si mal no recuerdo, iba a 6to grado; era una mañana de otoño, acá esa estación es bastante áspera, ni te cuento el invierno. Justo ese día tenía una evaluación muy importante en el colegio, para la cual no había estudiado, y no porque no quisiera, sino porque en las tardes cuidaba a mis hermanas. Mi mamá estudiaba en la escuela de adultos, nocturna, y mi papá tenía un taller y hasta las 22, 23 horas no entraba a casa. Apenas pude leer, pero no estaba segura si me iba a ir bien.

Recuerdo que tardes anteriores había sentido hablar a mi abuela Chela con una vecina que justamente se quejaban del viento y las hojas que este arrancaba de los arboles, enojadas las dos viejas con la escoba en mano porque no paraban de barrer. Mi abuela le decía a la vecina que la gente nombraba tres veces al viento y éste aparecía, y cuando asomaba lo hacía con ganas, che, hasta las clases se suspendían...

Esa mañana camino al colegio, mi mamá me preguntó si había estudiado, ella sabía que era una evaluación bastante importante. Yo para contentarla le dije que si.

Recuerdo como si fuera ayer que en la tercera hora yo tenía Lengua y de verdad me daba lástima tener que decirle a la seño que no había podido estudiar. Siempre cumplía

en todo, era buena alumna...,dije buena; no: excelente! En el recreo que teníamos después de los dos primeros módulos, me fui al baño con dos compañeras, y les conté casi llorando lo que me pasaba, y Mariana me dijo mientras miraba por la ventana:

- Encima no zafamos, porque ni siquiera hay viento fuerte!

En ese momento se vinieron a mi mente las palabras de mi abuela, y riéndome le digo a las chicas que nombremos al viento tres veces, pero tres veces haciendo mucha fuerza!

Empezamos la tercer hora y yo desesperada, mirando por la ventana, lo único que pasaba por mi mente era, viento, viento, viento. La seño Gaby me bajó de esa nube diciendo que guardemos todo y saquemos sólo una hoja y un lápiz. En ese preciso instante entra la señora directora donde nos comunica que debido al temporal, nuestros padres nos iban a retirar del establecimiento.

Imagináte la cara de mis compañeras y en especial la mía.... Hasta pensaba que era una especie de bruja, machi, no sé, porque me había dado resultado invocar al viento.

Obvio que tiempo después entendimos que sólo fue suerte y ningún tipo de magia. A mis hijos ya se los conté y también les digo que amo mi ciudad y que el viento forma parte de mis raíces.

Sinergia

Nancy Alicia Curaqueo

El otoño comenzaba a despedirse, Juan se levantó antes que el despertador comience a sonar, se sentía ansioso, no para de pensar mientras se preparaba para salir, se despide de su perro y le dice: hoy será un gran día.

En la radio anunciaban que se venían días muy fríos y algunas lluvias, Ramírez escucha atentamente mientras toma su bicicleta, sonríe y piensa: que bien me vendría un abrazo, para que me de calor. Se pierde rápidamente en el camino que lo lleva a su trabajo.

Ana como siempre llegaría tarde una vez mas a su trabajo, pero no le importaba, pasaría muchas horas trabajando fuera de su horario normal, sin reclamar nada, así era ella; laboriosa y a la vez indiferente, pero de mirada dulce.

El sol mostraba sus primeros rayos, y los obreros comenzaban a marchar por esas calles frías, todos cargados de emoción, llenos de esperanzas, los unía el sonido de sus palmas resacas que reclamaban lo justo; los redoblantes comenzaban a despertar, los obreros se miraban y se reconocían en los ojos de su compañero.

A lo largo de las jornadas de protesta comenzaron a aparecer aquellos hombres que levantaban su voz, que daban aliento e inspiraban al resto para permanecer en la lucha; en medio de la muchedumbre estaba Juan, era un hombre joven, delgado, que sobresalía por su altura y por su cabello rubio; de pocas palabras, pero con una mirada tan profunda que decía todo, abrazaba a sus compañeros llenos de hollín, dando

siempre la palabra justa de aliento, tratando de hacerse cargo de todo, hasta de poner a los dirigentes al frente del reclamo, como tiene que ser...

Juan estaba convencido que pasaría toda su vida ahí, por lo tanto se sentía responsable de sus compañeros, sabía de sus carencias, de sus necesidades insatisfechas.

Pero también está Ramírez que pensaba más o menos igual, pero que ve a la patronal como un enemigo, que acecha el bolsillo de los trabajadores, la dignidad y la vida de ellos, y que si es necesario actuará con violencia para defender a sus compañeros, su apariencia denota mucha frialdad, eso confunde, por lo tanto es querido y odiado por sus compañeros...

Los días pasan y la lucha se hace insostenible, se puede ver en los rostros cansados y agobiados de los obreros, ya no se puede seguir, comienza a circular la idea de bajar los brazos, ante ninguna respuesta por parte de la patronal y ante una dirigencia frágil y que no los representa, no comprenden tanto desinterés; muchos abandonan y retoman sus tareas. Juan y Ramírez, unen sus sentimientos de lucha y dejan de lado sus diferencias, permanecen juntos, no deben renunciar, presienten que algo va a pasar....

El viento abre tempestivamente una de las ventanas de la empresa, Ana se acerca para cerrarla, comienza a caer una lluvia sobre los pocos trabajadores que quedan afuera, Juan y Ramírez están ahí, cansados, con frío, desolados; Ana ve a sus compañeros; se emociona, se le llenan de lagrimas sus ojos, reflexiona, se cuestiona: que hace ahí trabajando; siempre trabajando, se mira hacia adentro y surge un sentimiento de culpa; Ana era una mujer sencilla y trabajadora, tenía muchos años en la empresa, pero aún era joven, era inteligente y sabía que había que salir a la calle y no abandonar la protesta, si no mas bien fortalecerla y multiplicarla.

Tomó su abrigo y salió; sus compañeras la siguieron con la mirada, fue ahí donde se produjo casi de forma mágica una reacción en cadena, todas salieron a acompañar a

Ana y a sus compañeros; afuera el clima que se vivió era de orgullo y de alegría por haber hecho reaccionar a muchas trabajadoras.

Era el comienzo de un nuevo tiempo, de los jóvenes en lucha, de los hombres y mujeres en la misma sintonía, porque de eso se trata, de estar unidos, con la conciencia tranquila que todo lo que hacían era por ellos y por sus hijos.-

Ana, Juan y Ramírez comenzaban a transitar un mismo camino, sumando voluntades, sumando valentías...

Una vida de estudios

Vidal Catalan

Mi nombre es Vidal Emilio Catalan, tengo 34 años, nací el 19 de diciembre de 1983 en la localidad de Aluminé. Mis padres son: Carlos Catalán y Margarita Pichuihuinca. Soy el hijo mejor y tengo dos hermanos, ellos son: Eliseo, Pablo Catalán y una hermana Natalia Catalán. Además, un sobrino Dilan, hijo de Pablo.

Siempre vivimos en el Paraje Lonco Luan, que está ubicada en territorio comunitario de lof Mapuche catalán, a 35 km de Aluminé y a 38 km de villa Pehuenia, departamento Aluminé.

Realicé mis estudios Primarios en la escuela N°212 de Lonco Luan y continúe en una escuela privada en la fundación Cruzada Patagonia, ubicada en un paraje cercano a Junín de los Andes, entre los años 1998 y 2000. Allí hice octavo y noveno.

Es importante destacar el origen de la escuela secundaria de la comunidad Catalan, ya que éste es un hecho histórico que nació como resultado de años de lucha del lof mapuche reclamando al Gobierno Provincial. Recuerdo haber participado en el corte de ruta que se realizó sobre la ruta Provincia N° 23. En ese momento el Lonco de la comunidad era Manuel Catalán.

En el año 2002 se creó un anexo del CPEM N°14 de Aluminé donde terminé el secundario, con 24 compañeros, la primera y última promoción 2004 del anexo: fue una experiencia única porque accedimos a nuestros derechos de estudiar (primera escuela secundaria en zona rural).

En el año 2005 me fui a cursar la carrera abogacía pero por problemas económicos no pude continuar con la misma.

En el año 2007 nuevamente regresé a la comunidad, donde comencé a congregarme en una Iglesia Evangélica. Dentro de ella viví una experiencia muy linda y fuerte de esa que te daban fuerzas para seguir, pero comenzaron a querer callarme y no pudieron, porque lo que sentía era más fuerte que yo.

En enero 2008 se necesitaba una persona para que escriba el acta de elección de las nuevas autoridades de la comisión directiva y me ofrecí para colaborar. A partir de ahí quede como wuerken de la comunidad.

En septiembre de 2016 me recibí de Técnico Superior en Economía Social; fue emocionante poder portar la wenufoye y fue el comienzo de recuperar y sanar mi identidad.

En el año 2017 comencé la Tecnicatura de Comunicación Popular que actualmente me encuentro estudiando.

Yendo a la pega

Santiago Gómez

El celu comenzó a sonar, una y otra vez. De repente Javier lo escuchó y miró: le anunciaba las 07 hs, era hora de levantarse. Ese día 15 de Enero estaba propuesto desde el día anterior lograr llenar un hormigón de 30 metros cuadrados, que serán las bases de una futura casa. Raúl, un amigo de Javier tendría su primera casa en sus 65 años. El sol arriba, los pajaritos cantaban y la Lola que ladraba a cada auto que cruzaba la calle, anunciaban que sería un día de mucha actividad.

Javier se levantó, cargó en su Chevy 1970 las cosas que tenía para llevar, pero con pocas ganas, porque la pava todavía no estaba para mates, la muy bonita hirvió cuando la puso la primera vez, pero eso no le quitó las ganas de tomarse unos amargos para poder empezar el día del todo bien. Miró la hora:

-Ya son las ocho y todavía estoy en veremos – dijo para sí mismo Javier. Recién empezaba a tomar mates, mirando al infinito como esperando despertarse del todo.

Suena el timbre; ya sabía quién podría ser, por la forma en que tocó, casi, casi se le quedaron pegados los dedos en el timbre: era Froilán, el papá. De seguro piensa que Javier estaba durmiendo, no miró la Chevy cargada y preparada para salir a trabajar, tenía la maquina hormigonera, carretilla pala, tablones y un montón de cosas; la pobre Chevy parecía una camioneta.

Antes de salir a la pega, se tomó el atrevimiento de armar un listado de música. Javier tiene en su casa una radio que está transmitiendo música folclórica todo el día. Armó un listado con milongas camperas, unos buenos chamamés y varios cuentos de Landrisina para acompañarlo durante el día.

Se suben Javier y Froilán y parten “en la máquina”, como le decía Javier a su Chevy 1970 motor 230 recién rectificado, solamente se escuchaba el sonido hermoso de su motor. Por estar tan cargada tenían que ir muy despacio, se acomodaron y disfrutaron el viaje echados para atrás. De repente un sonido le parecía familiar: en una obra se escuchaba la música que recién hacía minutos Javier había cargado; una sonrisa y asintiendo con la cabeza sigue viaje. Más allá otra “cantora”, como le decían a la radio en las obras, sonaba con la misma música, Javier se alegró porque lo que para él era insignificante, como compilar varias canciones era también compañía para todas las personas que día a día realizaban trabajos al aire libre. El poder entrar a cada lugar con un mensaje que cada canción deja, trae enseñanza, acompañamiento y hacen más llevadera la jornada laboral.

El día avanza, Javier satisfecho del trabajo realizado, vuelve a su casa, donde está su compañera, sus pequeños, vuelve a tomar mate y piensa que mañana será otro día de trabajo y hoy aunque arrancó muy temprano se le hizo cortito.

Froilán, el papa de Javier es una persona mayor, jubilado para el Estado pero no para él, continua trabajando por costumbre, aunque en estos tiempos pesitos extras tienen otro valor y nunca están de más, sus saberes son múltiples. Cada día Javier aprende un montón de cosas, de cómo enfrentar día a día, cómo llegar a fin de mes con plata, parece una tontera pero no lo es. Froilán anda en bici, recorre de lado a lado de la ciudad. Donde va, va en bici, son compañeros diarios. Esa mañana del 15 de enero le contó a Javier que se le había hecho tarde, la bici tenía un pinchazo, por eso llegó tarde: – Pensé que te habías quedado dormido – le dice a Javier. Le contó que tuvo que parcharla, le sacó una de esas espinas que en los barrios nuevos que es donde Javier vivía, siempre le dan a Froilán dolores de cabeza. Para él llegar a las ocho de la mañana era tarde pero para Javier no, era tempranísimo, esa diferencia de generación se podía

ver. Pero Javier lo miraba con admiración sabia que cada día algo nuevo iba a aprender.

Esa mañana en la Chevy yendo a la pega, le contó lo que le pasó a su bici, lo miró y rió. Siempre saca la misma espina de la misma rueda y saca sus conclusiones: "Estas cosas que tiene la vida que no se qué."

Año Nuevo

Evelyn Giuliana Godoy

Nos juntábamos toda la familia el 31 de Diciembre para esperar el año nuevo, por parte de mi papá era solo mi nona, un primo y nosotros, era una cena linda, brindábamos, compartíamos un rato y listo, pero la fiesta grande se armaba en casa de mis abuelos maternos, allí eran cuatro hermanas y cuatro hermanos, más dos adoptados, imagínense la fiesta que se armaba, con mis primos siempre guardábamos pirotecnia para hacer competencia con los vecinos, era inolvidable, en ese tiempo yo tenía 11 años.

Al otro día al medio día, nos juntábamos en casa de mi tío Kiko, comíamos asado y disfrutábamos de su piscina. Ese día me desperté justo sobre la hora para ir a lo de mi tío, una galletita fue mi desayuno, solo una. Hacía mucho calor. Llegamos a su casa y, mientras estaba el asado, me tiré en la piscina. Ni siquiera lo dude.

Me bañe como por media hora, mis primos y primas también estaban en la piscina así que jugamos un rato. El asado estaba listo por lo que salí de la piscina, tome mi toalla para secarme un poco y ni siquiera alcance a hacerlo cuando me desmaye, fue todo en un segundo. Cuando desperté sentía dolor en mis piernas, me mire y tenía cortes por todas partes, había caído sobre unas ramas junto con alambres, mis tíos y mi papá trataban de sacarme. Cuando lo lograron, me sentaron y entré en desesperación, veía todo de color violeta y mi vista iba disminuyendo al punto de ver solo siluetas, volví a desmayarme. En un momento desperté pero ya no veía nada, solo podía escuchar las voces de mi familia, otra vez, volví a desmayarme.

Desperté en el hospital, no veía absolutamente nada y no tenía fuerzas para hablar, sólo escuchaba a los doctores que le pedían a mi mamá que me quitara la ropa mojada, y sentía como me arropaban con frazadas y me daban calor con una máquina. Nunca olvidé la manera en la que mi papá lloraba a mi lado, podía escuchar su llanto y me suplicaba que despertara. En un momento me volví a dormir pero a los cinco minutos desperté, pude sentarme en la camilla y ver bien, me sorprendí cuando me di cuenta que para mí habían pasado cinco minutos pero estaba equivocada, paso un día que estuve casi en coma, no podía creerlo. Toda mi familia se encontraba en sala de espera, cuando les avisaron que desperté se avasallaron todos en mi habitación:

-Gallega casi te nos vas- dijo mi tío Beto y fue una de las primeras palabras que escuché al despertar. Mis padres no pararon ni un segundo de agradecer que haya despertado, pero a la vez se sentían preocupados, y mis primos más chiquitos; *"¿Fuiste al cielo y volviste?"*, *"¿Nos escuchabas?"*, *"¿Cómo te sentís ahora?"*, *"¿Cuándo te van a dejar ir a casa?"*, *"¿Vas a poder volver a nadar?"*. Eran tantas cosas que aún no creía haber pasado por tanto.

Antes de darme el alta, el doctor nos dijo, principalmente a mí, que había sufrido una Hipotermia junto con Lipotimia a causa de no haber desayunado correctamente y encima haberme metido enseguida a la piscina. Desde ese día tuvieron un extremo cuidado hacia mí; cuidaban si había desayunado bien, cuidaban las heridas de mis piernas, y hasta me controlaban cuando me metía a nadar. Les costó mucho a mis padres el dejar de cuidarme, había quedado muy delicada, a veces me molestaba tener tanta atención y cuidado por parte de ellos, pero después de todo los comprendía, los hice pasar una situación horrible y lógicamente habían quedado preocupados.

Enojo

José Luis Saddi

En Córdoba, siempre me gustó el barrio donde viví, era re conocido por que a la vuelta estaba la famosa casa rodante que giraba siguiendo el movimiento del sol, turistas iban y venían permanentemente. Siempre me llamó la atención, ¡me costó encontrar el horario en que la casa giraba!.

El zoológico, el parque Sarmiento, la canchita de patinaje, el Super Park, estaban a tres cuadras de mi casa. Me encantaba ir. Era un sector con muchos árboles, de noche estaba oscuro, pero, desde casa, siempre sentí el aroma de los jazmines que se liberaba al anochecer.

Con las chicas y los chicos jugamos a la escondida cada día, a la mancha, al fútbol o al piedra, papel o tijera. Tuve como veinte amigos, sus padres eran mis padres, nos cuidamos siempre. La juntada en la esquina era sagrada, eran las 12 de la noche y todavía estábamos allí.

Uno de ellos usaba muletas, se llamaba Francesco sus papás le decían Chiquín, no era bajito, sino alto, no sé qué enfermedad tenía en las piernas, creo que parálisis. Era alegre, inquieto, desinhibido, más grande que todos, tres años más.

Siempre jugó de igual a igual, incluso al fútbol, ¡la de patadas que me comí con sus muletas, a veces abusaba.!.

Su familia era de origen piamontés ellos eran cuidadores de la sede de la colectividad, vivían allí, conocí la pileta que la sociedad tenía en otro barrio, era gigante, me invitaban porque desde chico aprendí a nadar, era amigo de Chiquín y no me tenían que cuidar.

En la calle hacíamos la cancha, un arco de cada vereda, los postes de ladrillo, aprendimos luego de muchos retos y vidrios rotos que detrás de los arcos debía haber pared y no ventanas. Una vez Francesco pateó con las muletas y rompió el vidrio de Bety, él salió corriendo ¡era rapidísimo con las muletas!, el resto también corrió, Chiquíndijo: -¡Mi mamá me caga a palos!.

¡Se armó un lío tremendo!, Bety y los padres de mi amigo eran enemigos íntimos, ella salió a los gritos - ¿Quién me rompió el vidrio de la casa, seguro fue el Chiquín con la pelota? Sus gritos se escuchaban de una cuadra, me asusté por él, fui a verlo, le dije: ¡no te preocupes, le voy a decir que fui yo, para que no te reten!, él aceptó.

Salí de su casa, caminé aterrorizado en dirección de Bety:

-Fui yo, le voy a pagar el vidrio, disculpas. Corrí a casa, me siguió,

- Igual hablaré con tus padres. dijo

-No hace falta, balbucee.

Tocó el timbre después que entré y me alcahueteó con ellos, la escucharon atentamente. Me miraron con enojo, compasión y también con picardía. Les mentí que había roto el vidrio. Se ocuparon y todo se solucionó. Bety se fue contenta y delante de ellos me increpó: -tené cuidado la próxima-, me quedé en silencio.

En la esquina, a las 20 hs. nos juntamos con los chicos. Estaba oscuro, la luna llena brillaba, las estrellas parpadeaban, los grillos cantaban, estaba concentrado en ello, en la belleza del cielo. Ellos, todos, se pusieron frente mío, enérgicamente me recriminaron que no tendría que haberme hecho cargo, empezaron a hablarme mal de Chiquín, que era un egoísta y otras cosas más, una hora de sus monólogos, solo escuchaba, no estaba dispuesto a explicarles mis razones, yo conocía la realidad de esa familia, no era necesario compartirla.

Luego de una semana volvimos a jugar a la pelota en la calle, pusimos los arcos, hicimos la pisadita, me tocó jugar de contrario con Chiquín que era delantero, yo defensa. La euforia de siempre, los gritos, íbamos ganando, las cargadas eran fuertes.

Los contrarios enfurecidos, incluso hasta violentos, Chiquín la llevaba, no me podía pasar, con sus muletas me golpeó en las piernas, me calenté, le puse la traba a las muletas y por primera vez él cayó, se desparramó en el piso, se levantó rápido, me quiso pelear, a los gritos me dijo: ¿Cómo te aprovechas de un paralítico? Me avergoncé, di media vuelta y me fui, él por atrás me siguió, el resto de mis amigos lo frenó y le dijeron todo lo que pensaban de él, a los días se fue del barrio a los padres lo trasladaron.

¡Muy cerquita del cielo!

Bibiana Mercado

Un día, mamá organiza con nuestra vecina Margarita, una salida a campo con todos los niños, éramos nosotros cinco hermanos, la más pequeña yo, Bibi, de seis añitos, con los vecinos sumábamos nueve en total, seis varones y tres niñas, cuántas expectativas teníamos en esa salida, yo buscaba mi sombrero plástico moda de esa época, ¡¡jaja!!

Las mamas, hicieron pancitos dulces, nosotros preparamos jugos, mates y a salir.

Nuestra aventura era cruzar cuatro kilómetros, aproximados de campo del Regimiento Militar Zapala y llegar al otro lado de la ruta.

Sentí enorme felicidad, aun hoy, recuerdo esa travesía y veo que albergábamos tanta inocencia en nuestras mentes, éramos felices con cosas, momentos tan pequeños, pero para mí era tocar el cielo con las manos, aun me hace sentir felicidad, el campo que nos desafiaba, nos mostraba ser un lugar difícil de cruzar, con sus cortaderas majestuosas, ese olor a humedad por el mallín, yo me paraba en cuanta piedra grande que encontraba y respiraba profundo, era sentirme - ¡ libre, viva! Las risas de mis hermanos y amigos parecían voces de ángeles en mis oídos, mama y Margarita caminaban siempre detrás nuestro, charlando de varias cosas que yo no entendía, tampoco me interesaban, hacíamos pocitos en el mallín y aparecían las lombrices que juntábamos en frasquitos, en eso apareció, - ¡veo, uhh, un gran rio! eso era para mí, y escuchábamos las voces de nuestras madres decir - ¡No, no! ¡¡Se van a caer!! - Sin hablar, mirándonos con complicidad, armamos una fila humana, salto el canal el más grande del grupo y empezamos a saltar de a uno, yo siempre tenía alguno de mis hermanos mayores que me protegía, así que cruzar no fue mi problema, el tema fue, cuando, tenía que saltar

mama, entre los mayores buscan ayudarla, pero al saltar escuchamos ¡paf!- gritamos - ¡¡Cayo al medio del canal, jajaja!!- Estallamos todos en risa y mamá también, aun nos faltaba un trayecto así que había que continuar la aventura, en todo el camino nos escabullíamos entre las cortaderas jugando a las escondidas, al ladrón y al policía o simplemente carreras, el canto de algunos gorriones nos hacía correr hacia ellos, pero no los alcanzábamos, ver el azul del cielo y solo entorno nuestro, ese campo que tenía una hermosa tonalidad de colores verde, el aroma a pasto permanente en nuestras narices, ¡¡y llegamos sí!!. A la orilla de la ruta, lo logramos, nos abrazábamos de felicidad. Nos sentamos en el suelo y nos dispusimos a comer todo lo que había en las canastas, dijimos casi en coro - ¡Que rico ese pancito dulce!- Yo comía despacio, me distraía mirando lo grande que eran mis hermanos, los admiraba, aun los admiro, hasta que uno grito - ¡¿a que jugamos?!-

mi hermana dijo - al huevo podrido -

- ¡jajajano!! ¡Seguro que quedas vos podrida- le grite—y jugamos, luego ya nos aburrió ese juego y seguimos por el de rayuela, era saltar uno, uno, dos, uno, dos y llegar al cielo, tirando la piedra al iniciar ese cuadro no debíamos pisarlo, en eso el sol empezó a esconderse.

En ese momento se escuchó la voz de mamá, diciendo - ya debemos volver-

En coro dijimos - ¡no! -, pero sabíamos que debíamos emprender el regreso, ya volvimos más tranquilos, pero sin dejar de disfrutar cada plantita que veíamos, siempre notábamos alguna diferencia entre ellas, esas florcitas amarillas que le daban un toque maravilloso al lugar, en eso me llegó el cansancio, y dije - ¡No quiero caminar más! - sabía que, siempre estaban los hombros de algunos de mis hermanos para subirme, en eso el mayor, Vito me grita - ¡ven Bibi, subí a peteco!! Así lo llamaban ellos y yo, se agacho y me ayudo a subir mi hermano Edgardo, y continuamos el regreso, de

salto a salto uno, dos, y tres, no recuerdo en que momento me dormí, pero desperté en mi cama, aun me parecía sentir esos ricos olores de hierba del campo, las voces de mis hermanos, se escuchaban tratando de ser primeros en bañarse, yo eso no lo pelee, mejor estaba seguir con mi sueño, hoy sé que de esa salida, aprendí a disfrutar los olores, la naturaleza en todo su esplendor y a mirar el cielo, ese cielo lleno de nubes , estrellas y en el que también está mi hermano Edgardo, ya que se nos adelantó a descubrirlo, desde Muy Cerquita.

Un mundo distinto

Liliana López

Cada persona es un mundo distinto, de eso no hay duda, si bien es cierto que la frase suena un poco “cliché” todos hemos sido niños alguna vez, y que todos pasamos una niñez diferente, pero sin embargo la mía fue una niñez hermosa y sobre todas las cosas rodeadas de mucho amor

Te puedo asegurar que mi niñez es el reflejo de lo que hoy soy recordar mi infancia me ha llenado de emoción porque no es algo que hago habitualmente, por lo menos no tan en profundidad

Para mí fue un momento increíble, en donde pase muchas horas jugando con amigos en la calle, yendo a la plaza a las hamacas, también rodeada de mis primos los cuales todos teníamos la misma edad asique nos llevábamos muy bien y era muy lindo pasar las horas juntos.

Dentro de los recuerdos de mi infancia tengo muy presentes los fogones que hacíamos en el patio de mi casa, después de semanas de organizarlos y esperar con ansias que llegara ese día, para poder cantar, jugar y reírnos hasta que nos doliera la panza, en las fogatas cada uno traía algo para comer y unas gaseosas para compartir

También jugábamos a la ronda de san miguel y odiaba jugar al hoyo pelota porque siempre perdía y siempre terminaba en peleas.

Tuve una infancia muy sana aunque a veces hacíamos picardías, al lado de casa había un hogar de ancianos, que tenían una huerta de zanahorias, entonces nosotros saltábamos un paredón y robábamos las zanahorias.

Me gustaba jugar a la mama, a las muñecas y yo misma fabricaba su propia ropa.

Con respecto a mi familia era la más chica de seis hermanos, era sin lugar a la duda la malcriada y la mimada de mi papa, el me sacaba siempre de paseo al centro y me llevaba a una confitería a tomar una gaseosa y pasábamos muchas horas ahí.

El era quien me llevaba a la escuela, se levantaba muy temprano a prepararme el desayuno mientras mi mama me hacía dos tensas que me dejaba china.

En los actos de la escuela me gustaba participar, entonces mi mama siempre tenía que hacer un disfraz distinto para que yo estuviera hermosa para la ocasión, también iba a la escuela de patín

Con mis hermanos no jugaba mucho porque eran más grandes que yo, asique o jugaba sola o con mis vecinos o cuando venían mis primos y sobrinos que teníamos casi la misma edad entonces nos entendíamos muy bien

En mi niñez comprendí que todo lo que hacemos genera un efecto.

En fin creo haber sido tremendamente afortunada con la infancia que me toco vivir, plagado de momentos alegres, con muchas reuniones familiares y mucho amor, y algunas veces no podían estar ausentes esos momentos de angustia que alguna lagrima me hicieron derramar, pero que sin dudas fueron momentos de la niñez también.

Piedras toscas

Ada Jara

Mi infancia transcurre en el campo, lugar extenso y mágico, y como todo es acorde a ello, la casa es grande, muy grande, estilo inglés, las ventanas blancas hiedras verdes y trepadoras por sus paredes de ladrillos, con un parque con inmenso y frondoso tilos, pinos, cerezos y un hermoso, perfumado y colorido jardín, largas y Lejanas alamedas a unos ciento cincuenta metros está el río limpio y transparente en verano y caudaloso y oscuro en invierno por los deshielo.

Podría contar varias aventuras transcurridas en este bello lugar, pero voy a contar una de tantas vividas en él.

Una mañana de verano, una de tantas escapadas a lugares que teníamos prohibidos por la lejanía y cierta peligrosidad, decidimos ir a las **piedras toscas**, no sé porque se la llamaba así.

El primer paso para salir era pasar por la despensa a buscar chorizos secos, meterlos en los bolsillos y partir en compañía de Paula, José y Alberto ellos con la gomera infaltable para hacer daño a cuanto pájaro o bicho se les cruzara en el camino. En el trayecto voy probando cuanta distancia puedo saltar del canal de agua que nos acompaña una parte del recorrido, hacia el objetivo final. Siempre yo observando la naturaleza, florecitas silvestres hermosas, mariposas de colores fuertes y brillantes, lagartijas tomando sol sobre las grandes piedras oscuras, y el sonido de los pájaros entre los árboles que cantaban y pipiaban entre una rama y otra y los frutos del lugar que estaban a nuestro alcance como manzanos, rosa mosqueta, micha y que me dejan

la boca azul con su color y dulzón y allí estoy , casi sin pensar y calcular el tiempo entretenidos por el paisaje y jugando en el camino nos encontramos llegado al lugar, la piedra toscas medianas montañas , de color rosado , lisas , pienso que deben ser volcánicas por su textura y forma y al deslízame cual un tobogán pero mucho más extenso y placentero , ahí pierdo la noción del tiempo, una y otra vez subo y bajo dejando que el aire fresco de la montaña me acaricie la cara y me da la sensación de libertad a tal punto de hacerme sentir como que estaba volando, entre risas y travesuras se nos van las horas, solo nos queda afrontar las consecuencias ya que esta aventura nos costó varios retos y penitencias.

Nos disponemos a regresar de prisa a la casa, ya de ante manos sabiendo lo que nos espera pero aun así para evitar que se haga de noche, corremos sin parar; Además de llegar agotada por todo lo que voy haciendo en el trayecto de ida, llego con mi ropa rota, agujereada por los deslizamientos continuos sobre las piedras, que actuaban como una lija sobre ella.

Pero quien nos quita lo bailado... Dado que lo hicimos muchas más veces, en cada salida era una aventura nueva, aunque el paisaje siempre era el mismo siempre había algo que lo hacía diferente, ya fuera por la estación del año, por lo que vivíamos en cada recorrido, ya sea por algo que nos pasaba, algo que se nos cruzaba, etc. En fin cada uno de esos momentos fue mágicos y como tal están presentes como si los estuviera viviendo en este momento.

Los Caminos de la vida

Carlos Manuel Paredes

Tenía tan solo 5 años, cuando en el año 1989, empecé el jardín de infantes, más conocido de Zapala al que todos querían ir, llamado “frutillitas”, mama, Olga espera pacientemente que termine de almorzar para ir al jardín.

Planchó mi ropa, arregló mi guardapolvo, preparó la merienda que lleve a la sala.

Olga me llevo como todos los días, llegue a las 14 hs, porque voy de tarde, se fue, me quede mirándola y llore como un marrano, porque creí que no la volvería a verla más.

Entonces apareció vero, la maestra del jardín, convenciéndome con su voz dulce y su actitud maternal para que me quede junto al grupo de mis compañeros.

Con el tiempo me fue convenciendo, que el jardín era el espacio donde se aprende a relacionarse con los compañeros y a compartir, aprendí los colores, a leer, los números y las letras.

Después resulto entretenido, alegre y ya no llore cuando Olga se fue.

Después tenía diferencias con mi compañero Juan Ignacio, me miro, me quito el juguete, me enoje y empezamos a pelear y ya no juega conmigo, es difícil para él y para mí, porque no compartimos los juguetes que la señora vero nos presta para jugar.

Cuando llegué a casa, le dije a mama que me que me peleó con Juan Ignacio, y me molesta, y mama me dice no te preocupes, yo hablo con la señora y con la mama de Juan Ignacio así no se pelean más.

Esa actitud de mi mama me llevo a mejorar la relación con mi compañero Juan Ignacio, y a poder comprender que pelearse está mal, de ahí en más empezamos de a poco a tener una buena relación y a compartir todo lo que había en la sala.

Terminé el jardín de infantes, comencé la primaria en la escuela n° 99, ubicada en un barrio muy populoso y antiguo de la ciudad de Zapala llamado don Bosco, pasaron algunos años y comencé una nueva etapa de aprendizaje la escuela secundaria.

En la primera semana de adaptación, pude ver la diferencia de la cantidad de materias que tenía, y la cantidad de profesores que había en las distintas materias, el profesor de matemática Claudio es muy estricto, serio y no genera mucha confianza, tampoco me gustaba la materia ni la forma que la explicaba, para mí era un trastorno entrar a la clase de matemática.

En cambio, me gustaba mucho la materia contabilidad, porque la profesora Vivian, tiene una manera de relacionarse que invita a la creatividad y entusiasmo de aprender su disciplina, es tolerante, maternal y relacionaba los números de la contabilidad, y eso me sirve para organizar mis ahorros.

Con el preceptor me llevaba muy bien, porque me deja ir a comprar al kiosquito de la escuela ese paquete de galletitas que tanto me gusta, y deseo con ansias cuando siento crujir mi estómago.

El colegio es mi hogar, porque me dan confianza, afecto, hermandad, tolerancia y principalmente una buena formación, que es el puente para obtener buenos resultados en la facultad.

Estoy escribiendo un relato con las herramientas que ustedes me dieron.

Aunque me lleve el viento

Elisa Blanco

Año 1982, para mi familia felicidad; en lo personal, todo un despertar.

Un lugar en pleno desarrollo, un poco alejado en aspectos sociales o, en pocas palabras, una ciudad que se diferenciaba de aquellas que te enseñaban en la escuela.

Pero no importaba, el destino me había puesto en un caminar, tal vez, desde mi ingenuidad no entendía.

En mi infancia y continua educación, solía ser más solitaria y ordenada porque uno iba constituyéndose o educándose para el futuro. Lo disfrutaba muchísimo. Sin embargo, en los días de invierno no tanto.

Recuerdo que...

Estaba siempre buscando un reparo, debajo de alguna esquina, en esas calles de tierra que me conducían a la escuela. A veces en Zapala, soplaban fuertes vientos, que hasta miedo me daban, porque era sentir el enojo, de la tierra, la fuerza de la cordillera, en fin, si no tenías auto. ¡Imagínense! .

Los vecinos murmurando: ¡Este viento que no para!

Y cuando se escuchaban los pájaros, cantar, mejoraba el tiempo, decía la abuela más conocida.

En el barrio que yo vivía, las calles eran de tierra. Esto hacía que cuando soplaba, junto a mi madre debíamos tapar esos huecos que quedaban en las puertas, en las ventanas. Tanto era su rigidez que después de un temporal, las mujeres se dedicaban a ventilar las casas, sacudir los rincones más insólitos, del lugar.

Por mi parte, desde niña fui creciendo y apropiándome de esos días, de esas calles de otoño, que hacían el paisaje en mis pies, donde se acumulaban las hojas las pateaba y pensaba, que si uno fuera una hoja tenía dos destinos: el viento con su fuerza me llevaría no sé dónde, o te quedabas ahí en ese rinconcito...

Muchos piensan que aquí, uno pasa como en viento. Yo insisto que no es así, el paisaje que tiene este lugar se rellena, tal vez no de paisajes verdes, pero sí de historias de vidas que no se destacan como los grandes próceres.

Esta localidad se construye desde las culturas más diversas, sin embargo el viento para esta zona adquiere un gran significado que nos han heredado nuestros antepasados.

De grande fui queriéndola más y más por eso cuando me preguntan por Zapala, invito a que sientas el soplo de un pueblo, aprender a escucharlo, porque la energía que se equilibra desde los cuatro puntos cardinales brinda esa generosidad e identidad.

Esta tierra sigue como una gran ráfaga y cada día que pasa es un día nuevo, para conocer, sentir y transmitir. Por eso Zapala es la ciudad que me dio mi existir; no pude no reconocerla; al contrario, está en mi latidos querer contarla.

Recordar esas calles es recordar cuántos pasos y cuántas vidas pasaron y pasarán dejando sus huellas que sólo el viento sabe dónde están.

Entre el campo y la ciudad

Jaquelina Lillo

Lucrecia tiene 16 años, es una niña llena de sueños, su máxima felicidad es ir a la escuela secundaria. Su vida transcurre entre Kilka abajo, en tiempo de veranada; en Carro Quebrado en tiempo de invernada y en Zapala durante el ciclo lectivo. Toda su familia se dedica al trabajo de campo, solo uno de sus hermanos trabaja en una escuela rural, como profesor de mapuche. A ella le encantaría ser como él.

En Zapala vive en una casillita muy precaria, no tiene luz, ni gas, ni agua. Todos los días va pasada a olor a humo a la escuela, quizá este sea el motivo por el cual, ninguno de sus compañeros se le acerca y menos pensar en tener una amistad con ella. Pero a Lucrecia no le preocupa mucho esto porque, a pesar de sentirse muy sola, para ella lo más frustrante y trágico es vivir en el campo.

Lucrecia tiene muchos problemas para aprobar las materias, la timidez extrema que tiene la supera y en su carita solo se puede ver miedo, la voz ni se le escucha y esto la afecta demasiado en el rendimiento escolar. Por este motivo, la enviaron a un taller obligatorio que daba la escuela para los alumnos repitentes. Allí conoció a una joven que venía de pase de Neuquén; su mamá la mandó a vivir con su abuela.

Ella le dijo:

-¿Cómo te llamás?

-Lucrecia.- respondió en voz baja y con su carita colorada.

-Yo soy Inés ¿podemos ser amigas?. No conozco a nadie y no me gusta estar sola.

- ¡Claro!. ¡Genial- dijo Lucrecia, súper emocionada y con la voz más alta.

Desde ese momento Lucrecia ya no estaría más sola, aunque había un problema... Casi estaban por terminar las clases y ella estaba bastante complicada con las materias. Su papá que no estaba muy conforme con la idea de que ella vaya a la escuela le dijo:

-No voy a tolerar que repitas otra vez, vos para nosotros sos un gasto.

-Pero papá, a mí me gusta ir a la escuela, quiero ser profesora como mi hermano.-dijo Lucrecia.

-Eso no se nota para nada, siempre te pasa lo mismo, la escuela es una porquería, lo mejor es cuidar las chivas.

La adolescente lloraba desconsoladamente y se preguntaba qué iba hacer ahora.

-No me quiero separar de Inés, odio el campo con toda mi alma.

Su mamá estaba observando la situación. Ella siempre peleaba con su esposo porque a veces no las quería traer del campo y se tenían que venir a dedo. A él le molestaba mucho traerlas, lo único que hacía era reprochar el costo que implicaba cada viaje.

La mamá le dijo:

- Hija no te preocupes, vos prométeme que vas a pasar de año y yo hablo con tu papá.

Lucrecia respondió:

-Te juro mamá que me voy a juntar todos los días a estudiar con Inés y no voy a repetir.

Su mamá estaba muy contenta con la promesa, la vida para ella no era sencilla, sólo debía obedecer y trabajar duro a la par de su hombre. No sabía ni leer, ni escribir, por eso ansiaba una vida distinta para su hija.

Lucrecia se fue con su familia a la veranada. Todos los días se levantaba a las seis de la mañana y comenzaba a trabajar como todos. Pero siempre se ponía sus auriculares para repasar lo que tenía que estudiar.

En febrero volvió a Zapala, ya era tiempo de rendir. La joven estaba extremadamente asustada, los nervios no la dejaban ni respirar. Su amiga Inés la acompañó a la escuela.

Ella le dijo:

- No temas, yo voy a estar siempre con vos. Todo va a salir bien.

Las horas pasaban y Lucrecia no salía del aula. De repente se ve que sale llorando sin parar.

- ¿Qué pasó, cómo te fue amiga?- dijo Inés.

Lucrecia empapada en lagrimas le dijo:

- ¡Lo logramos, lo logré!. ¡Qué felicidad, estoy en segundo!

Las dos se abrazaron fuertemente y fueron a contarle a la mamá de la jovencita; ella estaría esperándolas con unas tortas fritas.

Ese día fue inolvidable para las tres. El papá de Lucrecia no podía disimular la alegría que tenía, entonces la abrazó y le dijo:

-Te felicito hijita, me siento orgulloso de tu logro.

Terminaron el día festejando con un chivito al asador y haciendo planes para ir a buscar piñones el fin de semana.

Hojas de otoño

Sandra Acuña

Nací en 1980 en el hospital de Zapala, ubicado en Luis Monti 155. Me crié y pasé parte de mi niñez en el barrio Las 70 viviendas en calle Villegas . Mi padre era un empleado de una empresa privada y mi madre era ama de casa; teníamos una casa precaria, pero con un patio enorme. En ese barrio pasé lindos momentos de mi niñez.

Lo que más quedó guardado en mi memoria es cuando me paraba arriba de un tarro de pintura de diez litros para mirar por la ventana de mi habitación que daba al patio. Era en tiempo de otoño, cuando las hojas de los arboles estaban amarillas. Me llamaba mucho la atención el color de esas hojas y mientras miraba apoyaba mi boca en el marco; sentía el frio y podía pasar un rato largo observando los distintos colores entre un rojizo y amarillo y ese olor muy particular de un día frio. También observaba a mi madre barrer las hojas y juntarlas y cuando me daban permiso para salir a jugar, corría al montón de hojas y las desparramaba, las tiraba como si fueran papeles, me derrumbaba como si fuera un colchón perfecto, quedaba chascona y me reía mucho; algunas veces me quedaban los cachetes colorados por el frio, por que el otoño en Zapala es húmedo, frío hasta cuando sale el sol y siempre miraba cuando mi hermana mayor o mi madre se acercaban a buscarme, enojadas. No entendía el enojo de ellas pero ya sabia lo que me esperaba: era una baño con agua tibia y

mucho jabón en el fuentón de lata que para mí era como una pileta. Me gustaba terminar así, porque seguro después vendría una leche y me dormiría una siesta.

Con el transcurso de los años y mientras fui creciendo, siempre esperaba mi estación favorita que era el otoño. Viví en esa casa hasta mis nueve años. Después nos mudamos a un barrio desconocido para mí por que no sabía si ese lugar me gustaría, tenía muchas dudas. Cuando me subí a la camioneta sólo recuerdo que estaba triste y que ya no volvería a jugar con las hojas y quedé con una mirada fija contemplando la casa mientras nos alejábamos.

Nuestro nuevo hogar era lindo, la casa era más grande pero el patio era un desierto; tenía muchas piedras, necesitaba mucha limpieza y poner tierra negra para plantar árboles. A mi edad eso era algo difícil de hacer, pero mi madre me decía que una vez que termináramos de acomodar todo en casa, podríamos ir a limpiar el patio y poner plantas y árboles eso me tranquilizaba un poco, pero igual extrañaba mucho la vieja casa, como le llamaban mis hermanos.

Con el correr del tiempo todo fue cambiando. A la edad de 37 años, sigo esperando todos los años el hermoso otoño y ahora ya no me arrojo hojas pero mis paseos son infaltables. De vez en cuando paso por el frente de esa casa y está igual; sólo le cambio la pintura del frente, pero su patio es el mismo.

Torta y chocolate

Elizabeth Cevallos

Había una vez una dulce anciana, Dominga, que vivía en el campo con su marido y sus siete hijos; todos se dedicaban a las tareas de la casa y las recorridas al campo y así fue que crecieron. Un día, de grandes, decidieron marcharse todos los hijos de Dominga; se distanciaron, hicieron sus familias y nunca más regresaron. Sin embargo, ella supo durante años de ellos por cartas y también conoció por fotos a sus nietos menores, que eran enviadas por María, su tercer hija. Lo que no supo hasta mucho tiempo después, fue la triste historia de su hijo menor...

Pablo, el hijo menor, se casó y tuvo dos hijos, Andrés y Ana. Luego de unos años su esposa murió, los niños quedaron a su cargo. Él, al ver que no podía criarlos solo, recurrió a la ayuda de sus hermanas mayores, Rosa y María, que vivían solas en la ciudad. Las solteronas, como les decían.

Cuando Pablo les dijo a sus hermanas si podían cuidar de sus hijos, ellas sin dudar aceptaron encantadas:

- Pero por supuesto, a mí me gusta cocinarles y atenderlos- dijo Rosa.
- Sí, acá pueden quedarse, yo me encargo de la ropa y sus arreglos, me gusta coser- agregó María.

Pablo, agradecido comentó:

- A mí me toca trabajar y por unos meses tendré que viajar...

Así pasó el tiempo. Ellas fueron mamá y papá, se turnaron en los roles para que a los niños no les faltara nada, asistían a la escuela en las reuniones, los llevaban de compras, algo que amaban hacer, y los domingos iban de visita donde los abuelos maternos; se las ingeniaban con mucho amor para que ellos no extrañaran, por un laaaargo tiempo...

Cuando los niños preguntaban por sus papás, por los abuelos (los papás de ellas), les contaban historias espectaculares: de la mamá, jugando a la ronda con los ángeles; del papá, viajando en su camión por rutas de chocolates y cruzando ríos de dulce de leche, recogiendo tesoros de caramelos que lo traería de regreso a casa y de sus abuelos que vivían en un campo de colores que seguro cuando papá regresara irían a conocer...

Un día de invierno, muy frío donde se desencadenaba un temporal de nieve, luego de la siesta tía Rosa dijo:

- Es una tarde muy fría y a tía Mary se le ocurre una idea: ¿y si hacemos una torta?

Los niños animados respondieron: "Siiii. Y chocolatada..."

- ¡Es buena idea! manos a la obra entonces- dijo la tía.

- Yo ayudo hacer la torta- ordenó Ana - Vos, Andrés, ayudá a tía Rosa con el chocolate.

- Noo! Yo no quiero hacer nada, tengo frio y mucha fiaca, mejor espero que lo hagan ustedes.

- ¡Uuuuf!. Tienes que colaborar. ¡Dale!, así es más rápido.

Andrés protestó:

- No seas mentirosa, la torta y el chocolate tienen su tiempo de cocción y por más que yo ayude no saldrá antes.

- Pucha, pero juntos es más divertido!- contestó Ana.

- ¡Está bien! siempre ganas! ¡Tía!, ¿dónde está el chocolate?

- En el mueble de la cocina, la leche ya casi está, sólo le falta agregar el chocolate.

- Batimos el bizcochuelo un poquito más y ya lo horneamos así que no se apuren con el choco. Tenemos para una hora más – dijo la tía María.

Y mientras esperaban la torta se sentaron a jugar damas y en eso golpearon la puerta...

Tia Rosa, dudosa, dijo:

- ¿Quién será?

- Yo abro la puerta.- saltó Andrés.

Y en ese instante de suspenso, la mejor sorpresa detrás de la puerta, llegó papá...

- ¡Papaaaaaaaaaaaaá!

Corrió la niña a su encuentro y junto con su hermano abrazaron a su padre que hacía mucho tiempo no veían. Fue una tarde emocionante tenían tanto que contarse... entre bizcochuelo y chocolate e historias de reencuentro llegó la noche, al día siguiente todo fue distinto... Papá ya no volvió a viajar y se quedaría con los niños para verlos crecer. Si bien no tenían a mamá con su presencia en la tierra pero tenían un ángel que los cuidaba en el cielo y dos tías que ocupaban ese lugar vacío.

Un día Pablo volvió al campo junto a sus niños y sus hermanas, todos viajaron en ese camión de ilusiones, que los llevó por una ruta de chocolate que habían imaginado, hasta llegar al campo de colores donde vivían sus abuelitos. Allí derramaron al viento los tesoros que su padre había recogido, grandes baúles de sueños repletos de brillo... Los pequeños disfrutaron, Dominga, feliz. Desde entonces la familia creció. María y Rosa, que junto con Pablo hicieron de estos niños grandes personas llenos de valores y amor, hoy cuidan todos a estos ancianos que habían quedado en el olvido. Así pasaron

muchos inviernos, estos fueron más cálidos, las tortas más grandes y las chocolatadas calentitas...

Un día de pesca

Oscar Alfredo Rodríguez

El pronóstico meteorológico me dice que el día sábado 24 estaría hermoso; es la última semana del mes de Febrero, todavía reina el verano, fuera de lo habitual para estas latitudes. Atípico para este mes del año si se lo compara con otros tiempos, en que se hacía sentir el frío y comenzaba a asomar el prematuro señor otoño, con algunas lloviznas en esta parte de la geografía patagónica, ¿será por lo que dicen algunos físicos y astrónomos que aseguran que ha cambiado el clima en todo el planeta?.

El día miércoles anterior a mi partida, recorrí las tiendas donde venden todo lo necesario para el pescador, desde cañas de grafito, riles, líneas, moscas y todo lo indispensable que se pueda imaginar. Me di cuenta que en mi caja de plástico reforzado donde guardo las plumas, hilos y anzuelos, me faltaba unas bolsitas de nylon, con plumas verdes, ese color que asemeja al gusanito de los sauces; el naranja que imitan muy bien a los pequeños alevinos de truchas que es alimento de los grandes peces y, lógicamente, las de color negro esa que le da este tono característico, al atar imitaciones de moscas con tiras verdes, o también de abejorros con tiras de amarillo, en fin, con la mezcla de tonalidades se puede atar diferentes imitaciones a la perfección de insectos. Hay una en particular que me ha dado buenos resultados cuando tiro la línea en ese río de cordillera, es una que imita a un bagrecito, al colocar el anzuelo en la morsa comienzo a dar unas vueltas con hilo color verde pálido, seguido doy unas vueltas con una especie de lanilla, le coloco un pequeño manojito de plumas de faisán en la cola, se verá en el agua que tiene movimiento, y sigo con plumas un poco más flexibles, le doy vueltas sobre el anzuelo que compone el cuerpo y le dibujo una

pequeña cabeza más bien chata, que le doy forma con el hilo muy cerca del ojal, y le coloco un esmalte para uñas de esos que usan las mujeres de color rojo, también se puede colocar un par de ojos, que se hace con las cadenitas de las tapas del lavatorio o bidet del baño.

Una de las casa de pesca me queda en el centro de la ciudad donde vivo, como a veinticinco cuadras, así que me fui caminando, por las calles de tierras que hay en mi barrio. En ese momento sale como de costumbre en su camioneta el Lonco Romero, que es un vecino del barrio,- lo de Lonco es porque en lengua Mapuche significa cabeza, y Romero, le hace honor a su nombre-, le silbo para que me acerque unas cuadras, pero no logro que me escuche ya que siempre anda con la música muy fuerte.

Para hacer más ameno la caminata paso a comprarme unas facturas en la panadería El Buen Pan, lugar donde hacen ricas masas secas con baño de chocolate blanco y negro y que le ponen esas cerezas tan deliciosas y frutos secos, pido siempre las facturas que tienen hojaldre rellenas de dulce de leche que es mi debilidad, o palmeritas que las bañan en almíbar con sabor a menta y licor casero que luego las espolvorean con coco rallado.

Al seguir mi camino luego de haber caminado varias cuadras encuentro el pavimento, que me lleva a la rotonda Primeros Pobladores, donde hay una carreta tirada por bueyes, que viaja una señora que viste polleras largas con un pañuelo atado en la cabeza, y un barril, una persona que guía el ganado, con cuatro bueyes. Esta escultura es el recuerdo a aquellos inmigrantes que decidieron radicarse en mi ciudad.

El día anterior a mi salida de pesca, vi el cielo nocturno, ese momento justo en que se origina un cambio en la noche de luna llena, ese cambio magistral que se da cada siete días y presencié como asomaba la luna de cuarto menguante, ¿será que se despierta y

hay un reloj biológico de la madre naturaleza?. Este fenómeno se tenía que dar en el momento oportuno en que me preparé para un día magnifico de pesca.

Con todo listo en mi mochila, emprendí mi viaje muy temprano, a la zona de pesca, a ese rio que sorprende a cada paso, con la singular belleza, rodeado por montañas, grandes pinos y árboles donde forman sus nidos los pájaros del lugar. En el rio me encontré con un pescador, llamado Luis, que tenía un duro combate con una magnifica trucha y entre salto y salto pude ver su enorme silueta plateada. Comienzo a tirar mi línea unos cuantos metros rio arriba desde donde estaba Luis, y recorrí varios kilómetros pescando, sin tener buenos resultados.

Esta vez no sería mi día de suerte...

Cena familiar

Mayra Velasquez

Papá cumplía 61 años y decidimos festejarlo, algo sencillo y un poco chico el festejo. Hace unos quince años que nos mudamos a la provincia de Neuquén y la familia está constituida por mamá, papá, mis cuatro hermanos, mis tres sobrinas y no hay más. Mis padres se encuentran a 270 km de la ciudad en la que resido junto a uno de mis hermanos mayores, eso implica que cada vez que nos reunimos debemos trasladarnos hacia Las Lajas o ellos a la ciudad. Se acercaba el 28 de agosto y decidimos que ellos vinieran ese fin de semana a compartir con nosotros; preparamos un asado y una rica torta. Nos reunimos como no pasa demasiado seguido, para festejar el cumpleaños. Mis sobrinas estaban muy felices de que sus abuelos estuvieran un poco más cerca y poder soplar la velita junto a su abuelo “vela”. Creo no volver a vivir un momento como ese. La sonrisa espontánea de papá mientras cenábamos y nos contaba largas anécdotas de sus viajes de la adolescencia, las historias de él y su papa en el campo y, lo más importante y emocionante, cómo la conoció a mamá. Ver el brillo en sus ojos mientras lo contaba y reflejar el amor que aun en el presente los une. Es imposible no derramar una lágrima cuando los ves juntos, dos personas amándose y luchando para darnos lo mejor. Verlos felices sonriéndose de manera picara, mamá suele tentarse hasta las lágrimas cada vez que nos reunimos y siempre hay cierta picardía en cada cuento. Esa noche fue especial, conocimos un poco más de papá como persona, amando a mamá de una forma que ya no veo, con alma y vida, sosteniéndose uno a otro, caminando hacia el mismo lugar, con sus mejores y peores momentos pero siempre juntos.

Papa a sus 61 años en ese momento me hizo entender en esa cena lo que realmente era importante: el amor ante todo y siempre juntos.

Mandarinas

María Lucía Avalos

Los árboles de mandarina a la entrada del patio en la casa de mi abuelo Máximo era lo que más me gustaba cuando lo iba a visitar, ver las flores de color blanco al florecer y el aroma a fruta fresca combinada con agua de azahar. También tenía naranjos de frutos jugosos y, en un galpón enorme, calabazas de cuello largo torcido y papas, junto a una chacra llena de maíz con choclos de barba marrón avisando que ya estaban listos para cosechar.

Mi abuelo los servía con poca sal o, con mi tía Mirta, los asábamos a la orilla del fogón en las brasas y con un tazón de leche; luego, a la cama. Había que levantarse muy temprano, sobre todo mi abuelo que salía apenas se asomaba el sol a ver sus animales y recorrer las chacras.

Tía Mirta se levantaba primero porque siempre le tocaba ordeñar, sacar la leche para luego desayunar. Me despertaba cuando volvía, preparábamos el desayuno con pan casero y dulces que siempre hacía mamá y le regalaba a mi abuelo y a mi tía.

Ayudar en las tareas de campo era muy divertido para mí con siete años y cada tanto mamá me daba permiso para pasar sábados y domingos con ellos. Mi tía tenía veinte años pero jugaba conmigo como si tuviera mi edad; los almuerzos y meriendas eran inolvidables. Por las tardes andaba a caballo con ella, por supuesto, encerrábamos los terneros, juntábamos huevos y al atardecer

traíamos leña que el abuelo cortaba de tamaño pequeño para que no nos costara demasiado traerlos en nuestros brazos. Luego de un baño, una cena liviana para dormir.

Mi abuelo se dormía escuchando la radio, recuerdo que el locutor decía radio Colonia de la República Oriental del Uruguay. No había que hacer ruido, porque le gustaba escuchar muy atento; aunque creo que a los cinco minutos estaba dormido. Con mi tía apagábamos la luz y hablábamos muy bajito; seguramente también nos dormíamos a los cinco minutos.

Pero antes de dormirnos a oscuras, comíamos unas mandarinas muy sabrosas y jugosas que habíamos llevado a escondidas.